

Preliminares

Por las ventanillas del autobús veíamos pasar a gran velocidad campos extensos y soleados, peinados por una brisa incesante, en una interminable sucesión de paisajes inabarcables de un solo vistazo. Recostado hacia atrás en el asiento y acercando la nariz hasta el cristal me formaba una idea mareante de las regiones que cruzaríamos en nuestra inminente peregrinación. Campos dorados a un lado, llanuras segadas y peladas al otro que alternaban con suaves ondulaciones del terreno, y una pista asfaltada, la de la carretera nacional N - 120 atravesándolos. Escasa humedad y sofoco veraniego. Escenarios que en muy breve se convertirían en nuestro hábitat, a veces cómodo, otras hostil. La sensación producía además el desasosiego de contemplar durante unas cuatro horas una fracción a modo de muestra de la fatiga que encargariamos a nuestras musculaturas durante las dos semanas siguientes de aquel tórrido agosto *anno domini* 1997.

Estábamos, en otras palabras, conociendo y desandando a la vez un camino que no habíamos pisado aún, viajando hacia el este, justo en el sentido opuesto al que dirigiríamos a diario nuestras bicicletas. Sentido hacia el que todas las tardes, cuando fuera hora de poner fin a la marcha del día, se encontraba hacia el sol de la tarde.

Yo me hallaba sentado junto a la ventana de uno de los asientos traseros del coche, detrás justo de mi asturiana pareja de compañeros de peregrinación, que dormía plácidamente apoyando ambos sus cabezas en el hombro uno del otro, ajenos en apariencia a las trepidaciones del vehículo. Ellos habían sucumbido al sueño casi desde nuestra partida de la capital del principado. Yo ocupaba mi mente en cambio con preparativos para la partida, leyendo el libro de ruta, dejándome caer de vez en cuando alguna cabezada. La atmósfera dentro del autobús unida al cansancio que habíamos ya acumulado en las primeras horas del día, invitaba al descanso.

A decir verdad, la mañana había sido intensa y trepidante, tras una muy breve noche que había expirado para nosotros poco antes de las cinco de la mañana, hora a la que habían sido ajustadas las alarmas de nuestros relojes despertadores.

En tan sólo tres cuartos de hora más tarde debíamos encontrarnos los tres expedicionarios en el apeadero de trenes de la localidad de Pola de Lena, en la provincia de Asturias, preparados con nuestros vehículos y equipos para emprender la primera parte del desplazamiento que nos acercara al punto elegido para el comienzo de la peregrinación, o sea, la capital de la Rioja. El primer tren de cercanías que cubría el servicio en aquella localidad nos llevaría hasta Oviedo, en donde debíamos dirigirnos hasta la estación de autobuses y viajar durante algo más de cuatro horas hasta Logroño.

De madrugada, absolutamente oscuro, tuvimos que correr a toda prisa por las calles de la Pola, el tren solía pasar con puntualidad escrupulosa y apenas si nos quedaban unos seis minutos para cruzar el pueblo casi de un extremo al otro y subir hasta el apeadero. Allí sí había mucha humedad en el ambiente, y un frío penetrante. A pesar de la ayuda de dos primos nuestros, en cuya casa había pernoctado y a quienes no les había importado madrugar para acompañarme y despedirnos en la estación, avanzar con la bicicleta, alforjas, saco de dormir y demás equipaje era difícil e incómodo en extremo. Las calles estaban vacías, y escuchábamos el retumbar de nuestros propios pasos y las cada vez más agitadas respiraciones.

Cuando alcanzamos el portal del primer compañero de viaje, éste junto a nuestra tercera expedicionaria nos salieron de inmediato al paso, dispuestos como ya estaban para lanzarnos a subir por las escalinatas que conducían al tren.

Raitán, que es como llamaré a mi compañero, se había ajustado en el portal de su casa la boina de color oscuro que ya le acompañaría durante toda la peregrinación, y parecía tener todo previsto bajo su inquieta y huidiza mirada, no en vano era sobre él en quien descansaba la organización del viaje. Nervioso, espigado aunque no muy alto, su entusiasmo por la ruta jacobea era el cincuenta por ciento de la iniciativa de la expedición. Inquieto por condición natural, su condición atlética y su delgadez le auguraban una excursión a prueba en principio de contrariedades físicas.

Se trataba esta de su segunda peregrinación en bicicleta hasta Santiago de Compostela, tras haberle producido la primera vez una desazón de prueba atlética, carente de otro atractivo que no fuera el recortar kilómetros al libro de ruta para conseguir la meta en el menor tiempo posible. A buen seguro con este segundo intento el intranquilo asturiano pretendía disfrutar de algo más que no fuera la pura

competición ciclista, y extraer algo más gratificante que unos gemelos cargados, o una dolorosa tendinitis a costa de una credencial de peregrino repleta de sellos en un tiempo récord. No. El camino de Santiago le merecía un interés a caballo entre la veneración por lo histórico y el disfrute de la esencia de una magia oculta entre los cimientos sobre los que se levantó esta vetusta ruta jacobea, como así lo denunciaba el libro que, bien visible en el bolsillo exterior de sus alforjas, hablaba de Gaia y de los iniciados que dejaron sus huellas en el camino.

Su amiga, asturiana también pero proveniente de la llamada región del caudal, y a la que llamaré Chalonga, era risueña y flemática a partes iguales. Exhibía una condición física brevilínea no tan prometedora como la de su pareja, al menos en cuanto para lo que el kilometraje de la prueba podía demandarle. Su vehículo era con mucha diferencia el mejor de los tres, y parecía llevarlo todo en sus alforjas previsto al detalle, en un ejercicio de meticulosidad femenina que se añadía como complemento ideal a la a menudo caótica improvisación de sus compañeros masculinos. Ella no venía involucrada en la aventura sino por acompañar a su pareja, aunque participe igualmente de la adicción al viajar y fiel a los impulsos telúricos de Gaia. El día anterior se había encargado de solicitar en la correspondiente parroquia los trípticos que hacían de credenciales para estos peregrinos, y que a partir de entonces se alojarían en su alforja.

Y yo por fin, la persona a quien debe serle atribuido el tercio restante de la celebración de aquella aventura y la narración de este relato.

El tiempo nos escaseaba con peligrosidad, y corrimos como pudimos, con las bicicletas al hombro y los bártulos en las manos, tropezando casi a cada paso contra las estrechas paredes de la callejuela que nos separaba de la estación. Una angustia se alojó en nuestras gargantas cuando oímos el incipiente rumor del diesel del tren, que se acercaba al apeadero. Apretamos el paso. En un esfuerzo de una docena de zancadas llegó Raitán a la puerta automática del cercanías, para bloquearla al punto con su mochila, interpuesta de forma que las hojas de la puerta no se cerraran, y asegurarnos así el tiempo de embarcarlo todo antes de que se reemprendiera la marcha. En segundos nos ocupamos de subir las mochilas y demás equipaje a la plataforma del vagón, para empujar por último las bicicletas hasta dentro mientras la bocina que anunciaba el arranque y el cierre de las puertas se sucedieron sin darnos tiempo a despedirnos de nuestra pareja

de primos, a los que les debíamos agradecer haber alcanzado en el último instante nuestro tren. Tras los cristales de la puerta y al tiempo que el cercano comenzaba a acelerar, agitamos nuestras manos para despedirnos de ellos.

El reloj digital sobre la puerta del vagón marcaba las 5:47. Nos dejamos caer en los sillones de aquel vagón desierto, extendiendo las piernas e intentando apaciguar la tremenda taquicardia matutina en nuestros pechos. Recorriendo la frente, un sudor enfriado por la temperatura nocturna y una sequedad molesta en la boca que no impidieron dar algunas cabezadas, interrumpidas una y otra vez por las paradas en los pueblos. Sólo un par más de viajeros nos hacían compañía en aquel tren. Los primeros rayos del sol comenzaban a asomarse por detrás de los edificios de la localidad de Mieres.

Llegamos a Oviedo cuando ya era de día, y un aire fresco nos recibió nada más abrirse las puertas del vagón a la llegada a la estación. Aire que ayudó a despabilarnos de la modorra en la que nos habíamos caído durante el trayecto. Descargamos nuestros equipos con calma, ayudándonos para ello de uno de los bancos del andén. Intercambiamos algunas palabras mientras asegurábamos con unas llaves fijas las tuercas de manillares, cuadros, sillines y cambios de las bicicletas. Una vez montadas por primera vez las alforjas sobre los portaequipajes traseros, montamos sobre nuestros sillines para recorrer el andén subidos en nuestros vehículos. Era como una prueba de carga a las bicicletas, y de comodidad, o desapacible toma de contacto según el caso, para nuestras piernas. Yo me fijé en las correas de las alforjas, que no habían sido correctamente cerradas. Era conveniente familiarizarse pronto con nuestras monturas y detectar posibles anomalías, así que descendí y las ajusté con firmeza, a la par que mis compañeros me imitaban tomando buena cuenta de pequeños detalles, si bien parecía casi inevitable que tuviéramos que desmontarlo todo de nuevo para facturar los bultos en el autobús hacia Logroño.

Callejamos por la capital del Principado y no nos llevó mucho tiempo llegar a la estación de autobuses, donde dirigimos nuestros pasos hacia la ventanilla de información del hangar. Aún disponíamos de un buen rato antes de subir al autobús. Nos hicimos con nuestros billetes y pagamos igualmente por la facturación de los vehículos.

Volvimos a desmontar los equipos y descolocar las alforjas para alojar las bicicletas en las bodegas del autobús. Afortunadamente, la capacidad de éstas nos facilitaron

colocarlas sin necesidad de desmontar las ruedas o tan siquiera aflojar los manillares para poder depositarlas una sobre otra y ocupar el menor espacio.

Nuestras bicicletas estaban cada una provistas de unos portabultos posteriores donde recibir las alforjas que guardaban las prendas de abrigo y efectos personales. Además, para cargar con los enseres de uso común habíamos acordado el siguiente reparto: en las alforjas de Raitán se encontrarían los utensilios de cocina, incluyendo la pequeña bombona de gas con su rejilla, cuchillos de cocina y otros útiles. Una pequeña tienda de campaña azul tipo iglú con capacidad para tres personas se guardaría sobre el equipaje de nuestra compañera, y que de la que nos servimos como refugio cuando nos viéramos en la necesidad de dormir al aire libre. La mayor de sus ventajas era su facilidad para el montaje y desmontado rápidos. La chica también se había hecho responsable de llevar el teléfono móvil con el que confiábamos guardar comunicación, mientras durase la carga actual de la batería. Es decir, el número de llamadas debía ser reducido a lo imprescindible, manteniendo siempre y hasta el fin del viaje una reserva para el caso de una emergencia. En el bolsillo triangular ajustado al cuadro de mi vehículo se alojaba el juego de herramientas que comprendía llaves fijas, desmontables para desacoplar los tubulares en caso de pinchazos, una cámara de repuesto, llaves del tipo Allen y otras fijas, y accesorios para remiendos de pinchazos como parches y pegamento. Se trataba de la parte menos voluminosa pero no la más ligera para transportar.

Como víveres, de cuya provisión se había ocupado el de la Pola, habíamos acordado llevar un mínimo de alimentos muy proteínicos y fibrosos, sin dejar de ser calóricos, que sirvieran de complemento a la dieta diaria, repartidos por peso en cada uno de nuestros equipajes. A fin de no cargar con demasiado peso y por comodidad, todo lo que adquiriéramos durante la ruta sería consumido el mismo día. Esta aportación adicional que llevábamos desde la partida comprendía una bolsa de muesli, un kilo de leche en polvo, cacao igualmente en polvo, algo de azúcar y sal, un pedazo de queso semigraso, un buen trozo de salada cecina de ternera, galletas y chocolate en tabletas. De la carne y el queso daríamos buena cuenta en muy pocos días. Con las sales y añadiendo el jugo de un limón al agua elaboraríamos después del desayuno y antes de cada salto al camino una casera bebida energética para llevar en nuestros bidones.

Nuestros vehículos de viaje eran muy sencillos, a buen seguro demasiado para afrontar una prueba del calibre de una peregrinación que atraviesa de Este a Oeste la península. Los asturianos llevaban bicicletas de tubulares más finos, adecuadas para rodar sobre llano mientras que la que recibiría mis pedaladas se trataba de una de montaña, más resistente para capítulos por senderos empedrados o embarrados, pero mortificante para correr por el duro asfalto. La chica llevaba una bicicleta de cuadro alargado, y un juego de piñonería y platos muy prometedores, siendo además de una composición ligera, lo cual no se agradece nunca lo suficiente cuando se trata de que salvar pendientes adversas. Su aspecto estético desdecía en algo la buena impresión que daba el aparato, puesto que su sillín blanco sobre el cuadro color rosa claro ofrecían un aire impropio a tan buena máquina. La de su compañero era sin duda alguna más vieja, remozada aquí y allá con piezas de repuesto incorporadas en distintas etapas de la vida de tan venerable y trillado vehículo. A lo largo de la barra superior del cuadro y adherido con cinta aislante negra se leía "preciosa", nombre con el que su dueño mimaba a su compañía metálica. Si un artefacto con esa edad había soportado incólume tan variada suerte de pruebas, la resistencia al menos durante unos seiscientos kilómetros más podía estar casi garantizada. No podía decirse lo mismo de mi montura, desigual compendio de accesorios de plástico y elementos baratos. Debido a la precipitación en la que se habían dado los preparativos no había tenido ocasión de llevar otra mejor para nuestra gesta. La única ventaja que parecía ofrecer eran unas ruedas robustas y quizá un diseño cómodo. Tanto el eje del cuadro, como la potencia del manillar y hasta el juego de frenos con sus zapatas incluidas irían desertando poco a poco de la integridad y seguridad de mi bicicleta, para nutrir ratos de angustia o precisamente dar carrete a las tribulaciones que encontrará el lector en este viaje.

Una vez dispuestas las bicicletas a buen seguro en las bodegas del autobús, dirigimos nuestros pasos hacia la cafetería de la terminal, donde nos deleitamos largamente en el ansiado y tardío desayuno. Allí fuimos acompañados por más familiares, residentes en aquella capital, quienes se habían acercado a la estación para desayunar con nosotros y desearnos suerte en nuestra empresa. Bollería y cafés se hicieron por un momento hueco encima de nuestra mesa antes de que los redujéramos a platos con migas y tazas vacías. De ahí hasta subir al autobús transcurrió la escasa hora y media de espera en un instante, con lo que comenzaría nuestra búsqueda del *finis terrae*.

La partida

Logroño nos recibió con un caluroso abrazo en forma de brisa seca y un sol limpio todo lo cerca del cénit como en fecha próxima a la canícula es posible. Mis compañeros ya hacía tiempo que se habían desperezado del sueño y nos cruzamos una fugaz mirada antes de que el vehículo saliera de la carretera principal y girara para entrar en la terminal. Era hora de estar bien despabilados.

En el hangar de la estación pasamos de nuevo revista a las bicicletas, y alojamos los equipajes sobre los portabultos. Afanado en verificar el estado de mi montura, me percaté de un pequeño golpe en el eje de los pedales que hacía crujir el plato a cada vuelta. El expedicionario asturiano aventuró un juicio técnico:

- Con esto no hay que arriesgarse. Buscaremos un taller de bicicletas para que te arreglen esto antes de salir de Logroño. Y ya puestos, que le cambien esas manetas de plástico de los frenos por otras metálicas. Hay que asegurarse ahora de hacer todo lo necesario para ahorrarnos sustos y apuros.

Así que lo primero que urgía era encontrar un taller o tienda con servicio de reparaciones, algo que se nos antojó con rapidez como muy fácil de encontrar, dado el gran negocio que esta ciudad, como otras muchas a la vera del camino, establece entorno a las necesidades y urgencias del peregrino. Pedaleábamos por las calles de la capital riojana y precisamente parecía que en casi cada tienda de cualquier calle se arreglaban bicicletas, vendían equipos, tiendas de campaña, se daban sellos en la credencial de peregrino como publicidad del establecimiento y simpática anécdota... en fin, la comunión de verano con turismo, flujo de peregrinos hambrientos, cansados y con bicicletas castigadas o estropeadas generaban los consiguientes negocios de habitaciones y fondas familiares, restaurantes de todos los gustos y ultramarinos abiertos todo el día con una ventana por donde una señora mayor expende sin pausa bocadillos y latas de refrescos, y desde luego, tiendas, muchas tiendas de bicicletas y talleres de reparaciones. A pesar de ser domingo, la ciudad estaba concurrida y animada casi como si de un día laborable se tratara, con todos estos comercios y negocios en funcionamiento. Después de ojear algunas de

estas tiendas especializadas en mountain-bikes, y con la intención de no demorar más la hora del almuerzo, nos decidimos a entrar en una de ellas. Nos aseguraron que en poco más de hora y media la reparación y sustitución de piezas estaría lista, con lo que dejamos mi bicicleta al cuidado del mecánico y buscamos algún sitio donde comer.

Nos decidimos por un local céntrico, donde mis compañeros no se pararon a pensar dos veces dar batalla a tapas de costillas de cerdo y demás péptidos, mientras que yo me guardaba de excesos calóricos, confiándome a la frugalidad de unas verduras y ensalada.

- ¿Por qué no tomas algo más decente? - me interrogó el de la Pola
- No pienso darle tanto trabajo a mi estómago si mis piernas van a estar tan ocupadas.
- Pero esto no va a ser así todos los días, - insistía en sus trece- Hay que comenzar bien nutridos, y las grasas son buenas en una justa proporción.

Estaba convencido en mi postura, y zanjé la discusión:

- Quizá tu complexión se lo pueda permitir, Raitán, la mía no.

Y vaya si los dos se lo permitieron.

A la hora convenida nos aproximamos al taller de reparaciones donde ya debía de esperar lista mi bicicleta. El mecánico no reparó en alabanzas para con su trabajo:

- Aquí la tienes, me ha llevado un poco más del tiempo que os dije pero le puse manetas metálicas nuevas y le he ajustado el eje.

La remuneración que exigía aquel tipo por tan nimia reparación justificaba la proliferación en aquella ciudad de los negocios de bicicletas. Sofocado naturalmente por tan prematura e imprevista exacción, sin haber partido aún y ya castigado en lo económico, saqué mi vehículo a la calle, dispuesto a probar al detalle las excelencias que unas manetas de aluminio deberían prestar a la frenada, y el renovado circular como seda del eje de pedales. En efecto, la mejora en la sensación y seguridad de frenada era indudable, pero sólo tuvieron que girar los pedales unas pocas veces para que el desagradable pero leve crujido del eje volviera a dejarse oír.

Indignado, no dudé en cruzar la puerta del taller empujando la bicicleta para exponer las quejas. La respuesta del mecánico fue aún más desconcertante:

- No creí que te refirieras a ese eje, le eché un vistazo en general, pero deja que vea esto que dices.

Levantando la rueda posterior del desafortunado artefacto hizo girar los pedales, constatando por fin lo que yo había intentado transmitirle de un principio, y en lo que debía haberse centrado su trabajo. La desconsolación seguía en aumento:

- Necesito otra hora larga más para arreglar esto. No es grave, pero sí resulta molesto para pedalear, y a la larga puede complicarse.
- ¿Pero no habías entonces arreglado el eje en el tiempo que te dejé la bici?, le dije sin disimular mi irritación
- Te vuelvo a insistir: le cambié las manetas de frenos y le hice una revisión general, pero esto se trata de algo distinto. Si me la dejas la tendré lista en poco más de una hora.

Ni hablar. Ya había consumido mi paciencia, y las agujas del reloj corrían hacia las cuatro de la tarde, con lo que nuestra salida no debía ser más demorada. Así convenimos de tácito con un intercambio de miradas mis compañeros y yo. Sin cruzar una palabra más con aquel tramposo, salimos una vez más a la calle para decidirnos a buscar las huellas que deja el camino a su paso por Logroño. Era definitivamente el momento de dejar atrás el kilómetro cero de nuestra peregrinación, aunque sólo fuera por cubrir el trecho que nos separara de alguno de los pueblos más próximos, habida cuenta del escaso tiempo con el que podríamos contar antes de que oscureciese. Ya habíamos dejado pasar demasiado tiempo de aquel día haciendo preparativos de preparativos, ahora había que empezar a hacer sentir a las piernas el peso del primer contacto con la ruta jacobea.

Estábamos algo confundidos y excitados, sin saber con certeza qué dirección seguir. No acertábamos a encontrar las señales que guían durante la ruta jacobea, ya sean las numerosas flechas de pintura amarilla, los mojones kilométricos rematados con una vieira o cualquier otra según la provincia que se trate. Desde luego son estas flechas amarillas las referencias más repetidas en el denominado camino francés, o sea, la apertura del vial que dio forma a lo que conocemos

como camino de Santiago. En la comunidad en la que dábamos los primeros pedales eran éstas las únicas señalizaciones disponibles. En un movimiento de revitalización de la peregrinación a la ciudad del Santo y conservación del camino fueron pintadas estas señales en la década de los ochenta del siglo veinte. Otras señales a mano trazadas a mano salpican el camino para dar indicar la dirección correcta en los cruces pero al mismo tiempo dar publicidad a negocios, bares o fondas y albergues particulares. Junto a estas acciones se encuentran otras acometidas por asociaciones de amigos del camino y por supuesto contribuciones de la infraestructura oficial, si bien ésta ha deteriorado con mucho la preservación del trazado con la construcción de vías asfaltadas que atraviesan la ruta o la cubren durante largos tramos.

Lo que por supuesto estaba fuera de toda duda era tomar la salida del casco urbano, sí, pero ¿en qué dirección? Creímos haber encontrado la respuesta tras un par de preguntas que dirigimos a sendos transeúntes. En realidad no sabían por dónde discurría el camino propiamente dicho, indicado con sus mojones señalados con una concha blanca sobre fondo azul, sino que nos facilitaron la salida a la carretera nacional. El de la Pola parecía estar bastante seguro:

- Creo que recuerdo por dónde tiré la última vez, y es precisamente por donde nos han dicho

Cuando salimos a ésta, y pedaleando por el, por fortuna, amplio arcén mirábamos a un lado y a otro intentando encontrar algún identificativo de la ruta jacobea. Ningún indicio a la vista. El silbar de las carrocerías de los automóviles y, ¡oh, Dios mío!, de los camiones a menos de metro y medio de nuestros cuerpos era una nueva sensación sobrecogedora y nunca superada de manera satisfactoria. Sobre todo, cuando se tratara de algún vehículo que, en maniobra de adelantamiento, invadiera el carril adentrándose en el arcén, en alguna esporádica ocasión rozando incluso nuestro equipaje trasero. O en el caso de los monstruosos transportes de variado tonelaje, simplemente la tremenda muralla de viento que nos zarandeaba a su paso servía para poner nuestro equilibrio en graves apuros.

Nuestro rodar era pasmoso, entre lo confundido por lo novedoso, y la búsqueda inquieta para salir de una vez de aquella jauría metálica sobre asfalto recalentado durante todo el día. Pero además no había manera de acelerar o tan siquiera de encontrar un ritmo de paso decente con el tremendo lastre que parecía estar descansando encima de los

gemelos. En mi caso aún se añadía la lucha de las gomas de la mountain-bike con el rugoso asfalto. Todavía hay que considerar la presencia del persistente viento del oeste, y por tanto de cara, para terminar de bloquear nuestras piernas.

Era poco más de las cinco de la tarde y por muy pesado que fuera nuestro ritmo, alcanzaríamos el pueblo de Navarrete todavía con luz. Intentar llegar a la siguiente localidad de la ruta se antojaba demasiado ambicioso y cruel para el esfuerzo que nuestros cuerpos estaban desarrollando. No era menester además acrecentar la tortura psicológica de encontrarse débil e inerte en la primera toma de contacto. El desánimo sería siempre un desaconsejable compañero de viaje, y aquella tarde debía suponer un pequeño esfuerzo sólo a modo de toma de contacto, tal y como en voz alta nos convencimos a nosotros mismos.

A falta de la presencia de indicativos y resignados a continuar por la nacional, entramos en Navarrete tras constatar una media de pedaleo impresentable, y nunca más permisible si queríamos ganar la compostelana en los plazos previstos.

El pueblo yacía a un lado de una pequeña elevación del terreno que dominaba aquella zona, y hacia la que nuestros ojos se fijaron como punto de acampada en el caso de no encontrar sitio en el albergue de peregrinos. Llegar hasta éste fue cuestión de minutos, y una vez allí salió a recibirnos el hospitalero. Su cálido saludo y su gesto risueño escondían empero la desafortunada noticia que se iría repitiendo con desagradable frecuencia en los días sucesivos: el albergue estaba completo desde hacía horas. Mientras la chica se ocupaba en inaugurar las credenciales con el primer sello, mi compañero y yo dirigimos nuestras miradas al promontorio que dominaba el pueblo, el cual se nos aparecía de un atractivo irresistible para encontrar donde clavar los garfios de nuestra pequeña iglú. Nuestra amiga regresó orgullosa, exhibiendo nuestras credenciales y encantada de la siempre esperada aunque no siempre forzosamente necesaria hospitalidad del hospitalero. Le hicimos partícipe de nuestra idea de acampar en lo alto del pueblo, a lo que ella se sumó de inmediato. Poco después callejeábamos por aquella pequeñita pero poderosamente interesante villa riojana, poseedora de una iglesia que, tanto por sus generosas dimensiones como por riqueza artística, bien podía rivalizar con el empaque y calibre de una catedral metropolitana. La visita a este semioculto tesoro del camino tendría lugar a la

mañana siguiente, según nos aconsejaba una nota del tablón al lado de la puerta de la iglesia, donde se fijaban como horas de culto las primeras de la mañana y el mediodía.

Una de las calles que subía en fuerte pendiente en dirección hacia la colina nos guió felizmente hacia este punto, tras serpentear por un estrecho sendero. Aquí nos vimos obligados, naturalmente por el cansancio y la ausencia de hábito, a variar los desarrollos de nuestras bicicletas. La chica expresó entonces sus primeras quejas ante la acumulación de trabajo en las piernas en tan mala hora de la tarde, con los gemelos tan desacostumbrados... y las tapas de costillitas de cerdo riojano, pensé para mis adentros. Por supuesto, echamos los tres mano a nuestros respectivos cambios para poner los piñones de mayor tamaño, terminar de culminar la subida por el repecho y llegar al descampado plano y con poca vegetación que remataba aquel promontorio. Nuestra llegada a aquel punto coincidía con el comienzo del crepúsculo, espectáculo maravilloso desde aquel lugar elevado. Era una explanada bastante regular, con una forma casi cuadrada y extensión de poco más de cuarenta metros por otros cuarenta. En el centro había una diminuta y joven ermita cercada con una valla de madera a escala conveniente, una caseta de transformación eléctrica, dos o tres árboles de corteza rugosa y poca sombra que ofrecer alrededor de los que ya habían levantado sus tiendas otros que allí buscaban pernoctar. Y ello a pesar de una placa de prohibición de acampada dispuesto a un lado del sendero junto a la entrada, visible a leguas de distancia. Decidimos hacer igualmente caso omiso a la advertencia, pues había oscurecido demasiado como para buscar otro refugio, y rastreamos un pedazo de tierra batida donde pudiéramos disponer con facilidad los clavos que fijaban nuestra tienda. Los intentos parecían inútiles: aquella colina estaba levantada sobre roca, y la vegetación se abría paso a través de piedras; la gravilla y arena parecían alojarse sólo al lado de los chaparros, y que ya habían sido ocupadas para fijar el lecho de los que como nosotros buscaban alojamiento campestre. Tras intensificar la búsqueda, y como otro remedio no quedaba, dimos con un espacio cubierto de un poco de hierba, un muy poco de arena y roca agrietada. En los recovecos introdujimos hábilmente el número imprescindible de clavos que sujetara la estructura de la iglú, tras extender el plástico que servía de aislante entre el suelo y la tienda. El montaje de la pequeña tienda de campaña era sencillo, al levantarse el extremo central del plástico sólo había que insertar un par de parejas de tubos flexibles, unirlos a los que servían de base y en escasos minutos tuvimos levantado nuestro albergue privado para peregrinos

poco madrugadores. Las bicicletas fueron dispuestas contra una valla de piedras y aseguradas con un candado que abrazaba a las tres. Los equipajes y sus contenidos fueron volcados sobre nuestros respectivos y ya desplegados sacos de dormir bajo el plástico de la iglú. Nos tomamos unos minutos para relajarnos en la tienda, cambiarnos de vestidos y acomodarnos antes de montar por primera vez nuestra cocina portátil con la que calentar algo de cena.

Desde lo alto de aquel promontorio barrido por la agradable y cálida brisa veraniega, un cielo transparente a casi todas las estrellas veraniegas y circumpolares servía de bóveda a lo que la vista alcanzaba como nuestro comienzo de la peregrinación. Una vez deleitada la vista desde lo alto y dejando el pensamiento adivinar lo que este camino nos reservaba nos rendimos a un sueño profundo hasta bien entrada la mañana.

Avanzando hacia poniente.

Dinámicos tras el reposo nocturno y ávidos de pista para nuestras bicicletas y satisfacción para nuestras inquietas ánimas, recogimos el campamento en pocos minutos y dispusimos el cuerpo para lo que se iba a convertir en nuestra rutina matinal y recarga de prótidos, fibra, por supuesto algunos lípidos y mucho azúcar para el intenso trabajo muscular de nuestras piernas: desayunar. El que se convertiría en ritual diario fue inaugurado con frugalidad debida a las prisas y a la necesidad de encontrar algún camino de bajada que llevara hasta el camino, y por supuesto visitar los monumentos del pueblo. El trazado de éste era sorprendente por lo atractivo: heredaba un urbanismo medieval pero ordenado al mismo tiempo, con casas adornadas con escudos heráldicos y blasones. No en vano es la localidad que goza de una fecha de fundación más antigua en la provincia. A la salida dejamos atrás el cementerio del pueblo, cuya fachada reclamó fuertemente nuestra atención. La misma atención pero por otras causas se dirigió a los pocos segundos hacia el peregrino de la Pola, quien se había echado abajo de la montura justo unas decenas de metros más delante de la portada del campo santo. Aún no habían rodado las gomas de las bicicletas más de veinte kilómetros cuando la rueda delantera de la que era llamada "preciosa" por su dueño acababa de vaciarse en un abrir y cerrar de ojos por culpa de un reventón. Inasequible al desánimo el asturiano contempló la ocasión como una magnífica oportunidad de utilizar su juego de reparación de pinchazos.

- Ved qué kit de desmontables me he traído. Esto no me va a llevar ni cinco minutos, se jactó.

En realidad no fue gran tiempo el perdido, como él había predicho, pero sí se resintió nuestro ritmo si es que a esa altura habíamos podido alcanzar alguno. Mientras mi compañero terminaba de ajustar la rueda en su eje, con la bicicleta posada sobre el sillín en el suelo, nos pasaban otros peregrinos en bicicleta, de quienes recibimos sus comentarios y risas solidarias.

Con las tres bicicletas rodando con normalidad comenzamos a avanzar suelo riojano, que nos empezaba a deparar subidas y continuas bajadas, o molestos "toboganes", responsables de numerosas lesiones o tendinitis para aquellas piernas ya castigadas a esas alturas, como las de los peregrinos que vienen ya desde Navarra, Aragón o desde el mismo arranque histórico del camino francés allá por Roncesvalles, pero que en nuestro caso no debían suponer ningún contratiempo. La ruta jacobea se pasea por esta región junto al asfalto de la carretera nacional o tomándole prestado el arcén. Empero unos pocos metros después tomamos una pista de tierra que ascendía hasta el alto de San Antón, por donde recuperábamos la visión más cercana y amable del camino, lejos de los vehículos con motores de explosión y tubos de escape escupiendo monóxido de carbono y otros gases.

Deseosos de contemplar todo el acervo jacobeo que el tiempo nos permitiera, resolvimos tras un pequeño cónclave celebrado sobre los pedales tomar una bifurcación que nos condujera a una pequeña ermita riojana. Ésta merecía ciertamente tomarnos su tiempo, y después de deleitarnos en su mezcla de restos romanos, aportaciones clásica y el propio estilo románico, tomamos una carretera que nos devolvería a la ruta jacobea dando un rodeo de una media docena de kilómetros atravesando dos pueblos fuera del camino.

Nuestra intención después de tomar un pequeño tentempié era alcanzar Nájera, localidad que disfrutó la capitalidad del reino Navarro en la antigüedad, y pedir alojamiento en su albergue, algo que se antojaba harto difícil, pues los peregrinos a pie habrían completado ya a mediodía las camas del que algunos caminantes nos habían hablado como magnífico refugio riojano. Meta por otra parte bastante modesta, porque significaba haber cubierto menos de la veintena de kilómetros en una jornada.

En la recepción del albergue de Nájera se nos entregaron unos pases gratuitos para que pudiésemos tomar unos baños en una piscina vecina al centro. Era un consuelo aceptado de muy buen grado tras recibir la noticia de que como nos habíamos temido el albergue no tenía ni una plaza libre más para aquélla noche. Así que había que continuar rodando por la tarde, aunque después de disfrutar de aquella irrechazable invitación acuática.

Resolvimos depositar los bultos apostados en la habitación más próxima para no perder ni un segundo en transformar nuestra indumentaria deportiva en chanclas, bañador y camiseta. Desabrochamos las correas de las alforjas, dejando

libres los portabultos de nuestros vehículos y depositamos con cuidado los equipajes en una pared de aquella estancia, para pasar a los vestuarios y salir a los pocos minutos del refugio. Con tal ansiedad acumulada por el calor soportado en los primeros kilómetros de peregrinación y la cercanía al albergue de peregrinos, no nos llevó mucho en acceder al prado donde se hallaba la magnífica piscina. En aquel oasis artificial y sin palmeras encontraban los cuerpos de los peregrinos relajo en el líquido elemento, donde se diluían sin dejar en apariencia rastro alguno las impurezas y los malos olores acumulados por el sudor del camino. A tal efecto estaban por cierto dispuestas unas duchas donde recibir el primer y placentero escalofrío y filtrar el polvo del camino que por supuesto no obviamos. Sumergimos pues nuestras anatomías, livianas por fin, en aquella piscina riojana olvidando por un buen rato las tensiones musculares.

Sin olvidar que aún debíamos cubrir el trecho que nos separaba hasta encontrar el próximo albergue libre, o en su falta un espacio libre permitido y adecuado para desplegar nuestro campamento recogimos las cosas y dijimos adiós con gran esfuerzo al que sabíamos iba a ser uno de nuestros escasos momentos para solazarnos durante el viaje que apenas había comenzado.

La tarde aún no estaba demasiado avanzada y el sol aún se paseaba ardiente por encima de nuestras gorras, pero había que hacer alto cuanto antes para no retrasar nuestro descanso y restar horas de rodaje a la mañana siguiente.

Mucho asfalto habíamos visto aquella jornada, y después de dejar atrás Azofra comprendimos que no encontraríamos servicios para el peregrino hasta Santo Domingo de la Calzada, pues la siguiente localidad atravesada por la ruta, Cirueña, no disponía de albergue y tampoco nos dio la impresión desde la vía de poder ofrecernos un buen sitio de acampada. Tuvimos que alcanzar las inmediaciones de Santo Domingo, donde tras comprobar una vez más que el albergue estaba ya completo desde mediodía, nos dirigimos a un prado cruzado por un pequeño río rodeado por algunos álamos. Allí fue donde fijamos nuestro punto de descanso para acabar aquel día.

El Camino y la gente.

En la credencial del peregrino Belorado se encuentra aproximadamente hacia la mitad del trayecto de la quinta etapa según el Códex Calistinus, documento del siglo duodécimo debido a un clérigo galo. Si no hubiera sido por el accidente que padeció este peregrino en las cercanías de este antiguo y literario pueblo de la provincia de Burgos, nos hubiéramos limitado a haber hecho un alto para almorzar mientras admiraríamos sus encantos y llenaríamos con un sello más nuestras credenciales, con fecha del trece de agosto.

Habíamos hecho noche en Santo Domingo de la Calzada, la noche del máximo de lluvia de estrellas del mes de agosto, acampando nuestra iglú en las afueras, cerca de un riachuelo y suficientemente lejos de cualquier casa o vecindario como para no molestar, ni ser molestados, pues con cierta probabilidad en el sitio escogido para levantar la tienda no debía estar autorizada esta práctica.

Emprendimos hacia las ocho de la mañana nuestra marcha, fijando nuestro objetivo en alcanzar por la tarde la monumental capital de la provincia. Nuestras piernas estaban descansadas y sueltas, y a los pocos minutos alcanzamos un rodar agradable y dinámico, dentro de lo que nuestros pesados equipos nos podían permitir. Por las calles de Santo Domingo se colaba una brisa fresca y el cielo, despejado y de un azul muy claro, nos hacía pensar que el día sería muy similar a los anteriores con un sol sofocante hacia el mediodía, y un viento del Oeste que, siempre de cara, se haría más fuerte con el sol poniente. Nuestro desayuno había estado a la altura que podían demandar nuestro inminente desgaste energético: una taza de leche con cacao y mucho muesli, algunas galletas y un poco de fruta. Después nos aprovisionamos convenientemente con un preparado casero de bebida isotónica en nuestros bidones, elaborado con limón exprimido, bicarbonato y un par de terrones de azúcar para cada uno, todo muy bien diluido con agua que la chica había recogido del riachuelo. El aporte energético suplementario lo hacíamos con pastillas de chocolate con leche que la parte femenina de la expedición llevaba a mano, encima de sus alforjas, justo al lado de la pequeña carpeta donde viajaban las credenciales y demás documentación.

Nuestra prisa no nos impidió empero hacer una visita a esta localidad, dotada de una carga artística sobrecogedora en su cantidad y también en su diversidad y belleza. La catedral de la así llamada "Compostela Riojana" nos recibió con un recogimiento y empaque que obligaban a mirar hacia el interior, arrodillarse unos minutos y murmurar una oración, agradecidos de haber llegados hasta allí y ser honrados con una silenciosa recepción en un sitio tan sublime. Nos detuvimos en contemplar las demás maravillas de las que estaba cuajada aquél templo: su magnífico campanario, el "gallinero" u hornacina que narra una antigua leyenda en la que el Santo salvó de la horca a un inocente ajusticiado sujetando a éste por los pies hasta que sus padres regresaron de ganar la Compostelana...

Unos minutos más tarde tomamos de nuevo nuestras bicicletas y callejamos por el también atractivo y añejo urbanismo de Santo Domingo hasta reencontrar el mojón rematado con la vieira junto a la flecha amarilla que señalaba la continuación del camino.

El trazado de los días precedentes nos había reservado un discurrir ondulado, con continuos e intermitentes "toboganes" que hacían imposible mantener un pedalear constante y descansado para unas piernas desacostumbradas a un rendimiento físico prolongado e intenso. Amén de esto, el desconocimiento exacto del trazado del camino nos hacía saltar en numerosas ocasiones a la carretera, que por estos territorios prácticamente discurría en paralelo, si no compartían arcén trazado jacobeo y carretera nacional. Los vaivenes de las sinuosas lomas riojanas se irían suavizando poco a poco ya dentro de la primera provincia leonesa que atravesábamos para convertirse más tarde en un trazado completamente llano a lo largo de la siguiente provincia, Palencia.

A los pocos kilómetros ganábamos la localidad de Grañón, en la cual no hicimos alto, animados por un vigoroso pedaleo y la bondad de la climatología y cruzamos a toda velocidad la frontera entre las provincias de La Rioja y Castilla y León.

Al peregrino le da la bienvenida Redecilla del camino como primera población leonesa, donde sí bajamos de nuestras bicicletas para disfrutar de un paseo por sus calles y visitar su diminuta pero atractiva iglesia. En ella se alberga una enorme pila bautismal que cuenta con casi un milenio de antigüedad. A la salida del templo se abría una austera plazoleta con una fuente de piedra en su centro que nos sirvió de refresco antes de volver a la pista de arena en

dirección a Castildelgado y después hasta Belorado. Salimos del pueblo y buscamos las flechas amarillas que ayudan al peregrino a encontrar con facilidad el siguiente punto del camino. Con disgusto por nuestra parte, las indicaciones nos obligaban a saltar a la nacional una vez más dejadas atrás Castildelgado y Vitoria.

Ya faltaba poco para llegar a Belorado, unos cinco kilómetros o alrededor de unos quince minutos al ritmo de pedaleo que desarrollábamos.

El paisaje era uniforme, sin árboles de ningún tipo, y muy monótono, como toda la bóveda azul por encima de nuestras cabezas, sin vestigio alguno de nubes. El calor comenzaba a ser sofocante pasado el mediodía, mi cabeza estaba al descubierto mientras acumulaba calor, con la única protección de unas gafas de sol que se resbalaban insistentemente sobre el copioso sudor de la cara. El asfalto se hacía viscoso por el calor y a la vez resistente al rodar de las gomas de las ruedas, la línea del arcén a pocos centímetros a la izquierda y los últimos granos de asfaltado desperdigados a la derecha, quizá demasiado cerca de las ruedas; comienza un leve repecho que lleva a un ligero pero largo descenso, pierdo por unos instantes la concentración, nublándose la vista, tuerzo la dirección desesperadamente en un intento que sólo consigue hacer patinar lateralmente la rueda delantera y salgo despedido hacia delante impactando a plomo en primera instancia mi mentón sobre el asfalto con un dolor intenso y agudo, a continuación los codos en un tardío e inútil esfuerzo de amortiguar con las manos el golpe sobre la cabeza, mientras mi cuerpo giraba dando volteretas primero hacia delante e inmediatamente después rodando por la cuneta cuando pude abrir por unos momentos los ojos y ver mis extremidades extendidas y volteadas a merced del impulso inercial. Daba vueltas sobre mí mismo en el campo de trigo con la fortuna de no tropezar con objetos contundentes que impactaran en mi cuerpo. Por fin se detuvo mi interminable caída, a pocos metros de la carretera, tumbado boca arriba sobre un trigal y con mi bicicleta y equipaje esparcidos a mi alrededor.

Mi primera intención, aún con los ojos cerrados y sin mover un solo músculo fue repasar con la lengua la integridad de mis dientes, consciente de que mi boca se había llevado la peor parte en el fenomenal choque. Me tranquilicé al no apreciar ninguna anomalía, aparte claro es de las erosiones y heridas más o menos superficiales que debían cubrir mi rostro y que presumía por un incipiente escozor. No pasó ni un

minuto cuando dos ciclistas que habían marchado algunas decenas de metros por detrás mía se precipitaron a toda prisa en mi auxilio, soltando al momento sus bicicletas mientras yo seguía inmóvil. Tuve tiempo para verles llegar y alcé rápidamente el brazo con mi mano extendida para darles un aviso de tranquilidad. Me asistieron rápidamente, lavando mi ensangrentado rostro con agua de sus bidones, mientras me preguntaban y hablaban casi sin poder escucharlos, fuertemente conmocionado por el golpe en la cabeza. Al punto llegaron a nuestra altura mis compañeros de viaje que igualmente bajaron a toda prisa por la cuneta en mi ayuda. Viéndome ya en buena compañía, los dos ciclistas reemprendieron su marcha tras despedirse compadecidamente de mi situación. Fue cuando sucedió esto que empecé a sentir un profundo malestar: primero cayó en picado mi tensión arterial y después comenzaron a despertarse todos los golpes y heridas mientras Raitán refrescaba mi cara y torso vaciando la cantimplora sobre mí y su amiga sujetaba en alto una manta que me protegía del insoportable baño de sol que descargaba en aquella planicie. Durante algunos segundos perdí la consciencia mientras el asturiano intentaba hacerme reaccionar.

Algunos minutos después pude incorporarme y comprobar con satisfacción, dentro del entumecimiento general, que las heridas de mis piernas no obstaculizaban el desplazamiento necesario de las articulaciones para desarrollar normalmente el pedaleo sobre la bicicleta. Podría llegar a Belorado sobre mi bicicleta, aunque con mucha prudencia y vigilando muy de cerca todas las sensaciones que pasaran por mi cuerpo, bajo la atenta mirada de mis compañeros. Había pasado más de media hora desde que hubiera rodado por la cuneta y el suficiente tiempo desde la caída de tensión, aunque las posibles repercusiones posteriores de un golpe en el cráneo se antojaban lo suficientemente peligrosos como para hacer el máximo acopio de prudencia.

Las dos primeras necesidades que acumulábamos al llegar a Belorado eran encontrar el ambulatorio para atender mi precario estado y comprar el almuerzo que reconstituyese nuestras, sobre todo para mí, mermadas energías. Al llegar al pueblo y hacer un breve alto mi vehículo comenzó a dejar a la vista los efectos del accidente cuando se salió bruscamente la rueda trasera de su eje, aunque el de la Pola, siempre atento a los imprevistos mecánicos, las atenciones sanitarias o los avíos culinarios, se apresuró en dejar las cosas en su lugar. El aprovisionamiento lo hicimos rápidamente en una céntrica tienda de comestibles tras

callejear brevemente por el pueblo y nos dirigimos con los avituallamientos a los alrededores, donde próximo a un riachuelo que discurría sobre un lecho de cantos rodados se disponía una suerte de pequeño parque o zona de pic-nic. Sobre el césped y en algunas mesas rústicas donde hacían su almuerzo, disfrutaba un grupo de familias de aquel día caluroso al lado del frescor del riachuelo, la mayoría reunidos para almorzar mientras los niños se entretenían con sus juegos y correteos. Aparcamos nuestras bicicletas alrededor de un árbol y la peregrina de la Felguera dispuso su manta sobre el césped a los pies del árbol de forma que el matorral de nuestras espaldas nos sirviera de cobijo. En vista de la urgencia de nuestros estómagos y ya que dábamos por seguro el tiempo de espera que necesitaría la atención de mis lesiones en el ambulatorio municipal, resolvimos despachar las compras que repondrían nuestras mermas físicas. El ágape estuvo preparado en pocos minutos: consistía en un sabroso y dulce melón cortado en cuadraditos a los que les añadíamos una loncha de jamón serrano logrando una combinación de sabores deliciosa. Nuestro apetito era tan voraz que a pesar de los alrededores de dos kilos que acumulaba la cucurbitácea y del cuarto largo de jamón los acabamos en muy poco, demasiada brevedad para deleitarse en un almuerzo tan ansiado y a la vez tan agradecido, a pesar del escozor que el jugo de la fruta producía en mis traumatizados labios. De hecho, la inflamación me había causado un malestar cada vez mayor extendiéndose en dirección vertical desde la nariz hasta la barbilla, cruzando los labios con una erosión notable de la piel. Esto sin mencionar claro es el resto de los rasguños y heridas que pululaban por las piernas y mis brazos y manos, casi inmovilizados por el dolor.

Acabamos de completar la comida con algunos dulces, como la crema de membrillo que fue comprada en el supermercado, como dádiva especial de mis compañeros de viaje en un día tan desafortunado para este sufrido peregrino.

El bochorno del ambiente y el sol, aún muy alto sobre los árboles, desaconsejaban moverse de la sombra que nos procuraba nuestro enclave e invitaban a relajarse sobre el suelo y digerir el festín en brazos de Morfeo. No había nada que temer pues nuestros equipajes se encontraban muy cerca y las tres bicicletas estaban bien seguras con sus candados, y yo me sentía lo suficientemente relajado como para dejar para algo más tarde la exploración de mis lesiones en el próximo centro de salud.

Mientras cerrábamos los ojos podíamos escuchar la algarabía algo alejada de unas familias, los juegos de algunos chiquillos o el rumor, cuando podía percibirse, de las rápidas aguas del riachuelo chocando contra las piedras. Pudo pasar así algo menos de media hora cuando me encontraba en una sensación si no desagradable sí incómoda pues, no pudiendo conciliar el sueño y mientras estaba cayendo en una postración, comenzó a derrumbarse mi tensión arterial y mi semblante palidecía alarmantemente, como más tarde me contaría Chalonga. Mi vista se nubló en un instante y sin llegar a perder completamente la consciencia, alargué una mano hacia mis compañeros en un intento de no desvanecerme. La ayuda llegó efectivamente al segundo, despojándome Raitán del abrigo y situarme en una posición más adecuada para la demanda de sangre que exigían mis meninges, pero ¡ay! ¿Y el agua? El calor había secado mis heridas y ni boca, acumulando una deshidratación insoportable. Se rastreó cada bidón y cada botella que pudiera quedar en las alforjas de cada uno de los equipajes pero las últimas gotas habían servido para refrescar el almuerzo. Además, no había ninguna fuente de agua por aquel lugar ni medio aparente de conseguirla cerca. Al punto, mis arterias habían recuperado poco a poco una presión de flujo adecuada y el color había vuelto a mis demacradas mejillas, aunque la necesidad de líquido se me hacía más apremiante. Transcurridos algunos minutos y ya recuperados del susto que mi lipotimia había causado en mis compañeros y en mí mismo, nos volvimos a recostar sobre la manta y los aislantes aunque me seguía sintiendo destrozado y extremadamente sediento. El río se encontraba no muy lejos pero no me encontraba con fuerzas suficientes para llegar hasta él y al menos refrescar mi rostro y boca, y sin pensar en que alguno de mis colegas pudieran hacerlo por mí miré casi inmediatamente al frente. A poco más de veinte metros y alrededor de una alargada mesa de campo se solazaban una vez acabado su copioso almuerzo una numerosa familia.

Podían ser ocho los que se sentaban allí, casi todos mayores excepto un par de pequeños, algunos con el torso desnudo y solamente cubiertos con bañadores. La comida parecía no haber reparado en ligerezas: sobre la tabla se amontonaban los restos de platos apilados y aún manchados, papeles de aluminio extendidos y ya rebañados, fiambreras destapadas e igualmente vacías, y también algunos vasos de plástico que acababan de utilizar para servir el café de sobremesa. Un par de botellas de refresco situadas en el centro y una bolsa nevera donde a buen seguro podrían guardar más botellas o recipientes de líquido al lado de la mesa reclamaron rápidamente mi atención. Sin parar a dudarlo me incorporé

lentamente y me dirigí hacia ellos, si es que en ese momento podía en realidad pensar con lucidez.

Conseguí incorporarme y andar a pesar de los tirones en la piel que me producían las heridas de las rodillas, reabriéndose tras haber pasado varias horas reposándolas; esto junto al mareo que aún aturdí mi cabeza hacía que me tambaleara ligeramente hacia los lados mientras me dirigía a la mesa de esta familia. Acercándome a los más maduros de los que disfrutaban de la sobremesa, pedí agua con la lengua más reseca que recuerdo haber tenido nunca. Se miraron entre ellos y no obtuve respuesta alguna en los siguientes momentos. Intenté matizar mi petición, dudando si no había conseguido pronunciar adecuadamente las palabras:

- Si tuvieran aunque no fuera agua, algún refresco o bebida que...

Me detuve, aturdido y expectante, creyendo que al punto ya les había dejado clara mi acuciante necesidad.

El más anciano se entretuvo contemplándome de arriba abajo, aunque yo me mantenía erguido y esperando que alguien rebuscara en la nevera o debajo de las sillas, donde hubieran podido apoyar alguna botella. No creía posible que en aquel estado y con aquel lastimoso aspecto me negasen no ya agua, sino siquiera ayuda para obtenerla. Tras unos momentos de silencio y en los que ninguno hizo algo sino mirarse entre ellos y clavar las miradas en mí mismo, sin disimular la molestia que les había causado al interrumpir su almuerzo festivo, el viejo pareció decidirse y extendió una mano para recoger uno de los vasos de plástico en los que habían tomado el café y ofreciéndomelo, me dijo:

- No nos queda agua, pero puedes ir al río con este vaso y llenarlo allí.

Despacio bajé la mirada hacia el vaso que me sostenía el viejo en el que todavía resbalaban algunas gotas de café por su interior mientras que un resto de posos se deslizaba en el fondo. No articulé una sola palabra y, girando sobre mí mismo, volví sobre mis pasos mientras mis frustrados samaritanos reanudaban sus charlas y jerigonzas. Llegado a nuestro árbol donde seguían recostados mis compañeros me paré al lado de donde reposaba mi aislante y me dejé caer, desplomado y exhausto. El de la Pola se dirigió a mi enseguida, extrañado como también lo estaba su amiga de mi furtiva expedición y yo les intenté explicar con las pocas palabras que me permitían articular mis labios de la

necesidad que me había provocado la lipotimia y de la poca generosidad de nuestros vecinos. Mi compañero no tardó en acercarse conmigo unos minutos después que yo me hube repuesto de nuevo a pedir agua a unos peregrinos que no se encontraban muy lejos de allí y que también hacían el camino en bicicleta como nosotros. Igualmente nos informaron sobre la forma de llegar hasta el ambulatorio municipal donde yo sería atendido un poco más tarde en su servicio de urgencias y con lo que se disiparían las dudas que sobre mi salud habían hecho albergar mis últimos infortunios.

Intentando sobreponerme a la debacle física que había castigado mi anatomía y con la tranquilidad que daban los resultados normales de la exploración médica, propuse avanzar algunos kilómetros más antes de que anoheciera. Mis compañeros se alegraron de verme con estímulos para seguir pedaleando tras las tribulaciones que se habían cruzado en nuestro camino y salimos de las calles de Belorado pedaleando con lentitud pero muy decididos y animados. En los primeros metros las heridas de las piernas dificultaban mi pedalear, tensando las rodillas y provocando molestias pero proseguimos hacia Tosantos sin poder disfrutar de la vista que se nos ofrecía, para intentar llegar hasta Villafranca, distante una docena de kilómetros desde aquélla. La tarde estaba ya muy avanzada, eran más de las siete y tras cruzar Espinosa del Campo y descendiendo por algunas cuestas que aceleraban el ritmo para nuestro gozo, apareció ante nosotros y rodeada de bosques de robles la antigua Villafranca - Montes de Oca, donde nos alojaríamos en la base de acampada Scout y desde la que se nos obsequiaría al día siguiente con una de las etapas más emocionantes de nuestro viaje a Santiago.

La tarde después de que Raitán sufriera su accidente tuvimos la oportunidad de encontrar hospitalidad y humanidad en una familia inolvidable. Fue en Pampliega, un pueblo desviado del camino unos dieciocho kilómetros hacia el Norte, dentro de la provincia de Burgos. Nos encontramos en la necesidad de buscar un ambulatorio desde el albergue donde nos atendieron para la atención médica del brazo del accidentado, ya que no fue posible trasladarnos los tres, y todos nuestros efectos, en el coche de la Guardia Civil que acudió hasta aquel lugar.

El escalofriante descenso por el que habíamos rodado apenas unos minutos antes, con una exagerada pendiente sobre piedras y cantos de considerable tamaño no habría entrañado el mayor peligro, si no se siguieran las peligrosas y cerradas curvas

que encontraba en el llano. El exceso de prudencia con el que yo afronté esta etapa me empujaba al uso insistente de las manetas de frenos, y del pie a tierra dado el caso. Recelo prudente que así venía aconsejado por el estado aún delicado de mis heridas todavía frescas, cubiertas de algunos apósitos y vendas, y que habían sido el doloroso tributo que tuve que pagar en Belorado por el exceso de calor y la pérdida de concentración.

En Hornillos del Camino hicimos una parada para saciar nuestra sed y rellenar nuestros bidones de agua en una fuente de piedra. Allí paraban numerosos viajeros que aprovechaban el alto para sellar sus credenciales, visitar la iglesia o comprar algunas provisiones en las tiendas de la calle principal. Minutos después volvimos a la amplia pista por la que el camino corría en esta tierra, cubierta de polvo y piedras y balanceada con grandes pendientes.

Así, al enfrentarme de súbito con el violento cambio de rasante que caía en forma de peligroso terraplén por cerca de doscientos metros, desmonté y cubrí parte de la bajada empujando la bicicleta. Lo cual me permitió pararme a hablar un momento con un pastor que vigilaba tranquilo su rebaño de cabras, a un lado del camino.

Éste me dejó asombrado con su pronóstico:

- Esta mañana ha descargado un buen chaparrón, - comentaba - , pero en no más de una hora va a caer otro aún más fuerte.

Al comentario le refutaba un cielo casi limpio y, eso sí, algunas nubes a lo lejos, pero blancas y no muy gruesas. A pesar de la evidencia meteorológica, tomé como buena la información, proporcionada por el mejor conocedor posible de aquel medio.

En esto pasó como una exhalación el alocado cicloturista de la Pola de Lena y emocionado compañero de ruta, lanzado sobre su vehículo a toda velocidad, aullando y botando con su trasero sobre el sillín, mientras sus ruedas hacían saltar en medio de la polvareda las piedras más pequeñas que impactaban tangencialmente alrededor de los neumáticos. A pesar de los minúsculos obstáculos sembrados por el descenso él mantuvo el manillar firme, cayendo cada vez más deprisa sin torcerse a los lados, y con el cuerpo levantado sobre el aparato y volcado ligeramente hacia delante. La pista se torcía a la izquierda justo después de suavizarse la pendiente, para entrar en un sinfín de curvas de herradura a derecha e

izquierda que se adivinaban desde la posición por la que acababa de dejar al pastor. Casi todo era roca pelada, sólo se asomaban de vez en cuando algunas briznas de plantas silvestres o pequeños cardos entre algunas piedras. A los pocos segundos la figura de mi acompañante se perdió detrás del primer montículo tras doblar la cerrada curva apenas sin perder velocidad, saltando frenéticamente al circular sobre cantos rodados de mayor tamaño. La presencia de piedras pequeñas podía incomodar el rodar hasta convertirlo en una vibración continua y exasperante, pero el rebotar sobre obstáculos más o menos pulidos complicaría la conducción, al poder resbalarse el tubular por la superficie de alguno, o atraparse entre un par, y poner en peligro la verticalidad. Cuando ya me encontraba próximo al final del terraplén hacía cosa de un par de minutos que había perdido de vista a mi compañero.

Los últimos comentarios que habíamos compartido por la mañana antes de salir del albergue de Tardajos sobre lo que nos iríamos encontrando vinieron a mi cabeza, para recordarme que no debía de faltar mucho para encontrar un pequeño refugio, ya cerca de un pueblo llamado Hornillos. Aproveché los últimos metros de fuerte descenso de la cuesta para montar sobre mi bicicleta y así entrar bien impulsado en el tramo de curvas, si bien estas se deslizaban continuamente en ligera caída, con lo que más que pedalear lo necesario sería seguir moderando la caída echando mano a los frenos.

El abultado equipaje repartido a ambos lados de las alforjas posteriores, y encima de ésta, contribuía siempre a facilitar estas cosas, pues la cercanía del punto de centro de masas al suelo daba la seguridad, y no solamente convencido del razonamiento físico, sino que así realmente lo sentía sobre el sillín, de una mayor estabilidad. Esto sería aún más evidente en caídas más prolongadas, como el descenso del puerto de Foncebadón, por el que pasaríamos días después en la provincia de León, o ya a la entrada de Galicia y tras superar Piedrafita, Cebreiro y O Poio, la terrorífica caída de catorce kilómetros que no se suaviza hasta llegar a Triacastela y que se trataría de la más arriesgada que realizaría durante todo el viaje.

Como había temido, el riesgo que entrañaba el terreno por el que corría no era tomar las curvas de más de ciento veinte grados manteniendo la verticalidad o balancearse con maña hacia los lados para trazarlas correctamente, sino la irregular distribución del empedrado hacia el cual

obligadamente había que dirigir la vista, sorteando los fragmentos más irregulares o los súbitos amontonamientos en mitad de la pista. Según superaba más curvas el firme no parecía sino empeorar a cada metro, manteniéndose una ligera pendiente que impedía el control absoluto de la bicicleta para detenerse en caso de apuro. Tras haber superado un mal tramo de mayor inclinación y grandes cantos desparramados por todo el suelo, me vino por un momento a la cabeza la complejidad por la que debía estar atravesando mi predecesor tan sólo unos minutos antes, máxime al correr a mucha mayor velocidad que la mía por un sitio tan desasosegador y peligroso. Los saltos de las ruedas provocaban el dolor en las heridas y erosiones de mis codos, una y otra vez tirantes hasta comenzar a abrirse. Esta incomodidad me hacía ir frenando una y otra vez hasta llegar a controlar la velocidad y casi detenerme.

Cuando finalmente lo hice eché mano del bidón de agua, ya casi tibia, y apoyé mi vehículo contra la pared de piedra a mi derecha, entre algunos arbustos. Miré hacia las próximas curvas del recorrido, que se cerraban sobre sí mismas de nuevo con una mayor pendiente. Sudaba mucho, hacía bochorno, provocado por el reciente e intenso chaparrón de la mañana, y el sol se había abierto un gran claro entre los altísimos cumulonimbos, comenzando a apretar el calor. Allí no había nadie en algunos cientos de metros a la redonda, a excepción de mis compañeros de ruta, que deberían encontrarse ya casi a la altura del albergue que antes referí.

Mientras intentaba ajustarme con firmeza los apósitos de mis codos, tras haber lavado con agua del bidón las magulladuras, creí oír algo. Era una voz, un lamento, seguro de alguien no muy lejos desde mi sitio, aunque no era posible inteligir algo coherente. No esperé a que se repitiera, temiendo que se tratara de alguien en apuros, y salté sobre mi bicicleta para salvar rápidamente la distancia que me separase del posible accidentado.

Nada más girar un par de curvas se extendía suavemente hacia abajo una recta, en la que alguien tirado en el suelo con las piernas levantadas yacía al lado de una bicicleta que atravesaba el carril. Sólo hizo falta el acercarme algunos metros más para comenzar a identificar la fisonomía del desafortunado con la de mi compañero de viaje.

El pobre gemía y lloraba, extendiendo su pierna derecha, que parecía tener algún hueso dislocado o quizá maltrecho. Me aproximé, sin tocarle, ante la posibilidad de que tuviera alguna fractura ósea, o algo peor. No dejó que le preguntara

por nada, ni siquiera acercarme algo más, sino que entre sollozos, me pedía:

- ¡Chalonga, llama a Chalonga!. Ella lleva el teléfono móvil. Búscala, búscala, rápido...

Sólo desobedecí su urgencia para apartar la rueda de la bicicleta que se había caído sobre su otra pierna, y asegurarme que su cabeza no había sufrido impactos como para que peligrase su consciencia, cuando me puse en marcha a buscar a su amiga. Abrí rápidamente los seguros de mis alforjas, y deposité mis bultos a su lado, para salir a toda velocidad. Cuando me puse de pie sobre los pedales para bajar por aquella recta miré solamente un segundo atrás: el accidentado seguía gesticulando y agitándose, manteniendo la pierna de la que se quejaba estirada y tendida sobre las piedras del suelo. Tan pronto como cubrí esa recta, el camino encontraba un llano para inmediatamente subir de nuevo por otro tramo sinuoso. El hecho de pedalear sin los algo más de veinte kilos sobre la rueda posterior hizo que mis músculos no encontraran dificultades en mover el desarrollo de máxima velocidad por la parte del ascenso, todo lo más la ansiedad causada por el sufrimiento de mi compañero me hacía olvidar los obstáculos con los que me cruzaba. Enseguida alcanzó mi vista el ahora ansiado refugio, unos metros al lado de donde acababa la cuesta por la que pedaleaba, pero sólo un poco antes de llegar a la altura de aquél reconocí una cicloturista con el pedalear cansino y seguro sobre un artefacto rosa, quien no se podía tratar sino de nuestra tercera compañera. De verla a encontrarla me tomó poco menos que el escribirlo, e inmediatamente la detuve para informarle del accidente. Ella resolvió deshacer los metros para reunirse con el asturiano y atenderle, mientras yo me acercaría al refugio a buscar auxilio. Antes de darle la vuelta a su bicicleta para tomar el sentido contrario abrió uno de los bolsillos de sus alforjas para darme el móvil, cuya precariedad de reservas en sus baterías nos había obligado a limitar su uso para circunstancias como las presentes. La chica se marchó por donde había subido, contrariada y confusa, yo tampoco había podido aclararle más de lo que había visto. Yo me dirigí hacia el albergue, una casa de madera con techo a dos aguas y cercada con un exiguo muro de piedras. Dejé descansando mi bicicleta a la entrada, bajo un pequeño pórtico igualmente de tablas y ataviado con algunas macetas. El hospitalero, un joven de acento de otras tierras más al este, fuerte y simpático, captó enseguida mi urgencia.

- No tenemos equipo de socorro aquí, ni puedo dejar esto solo- únicamente le acompañaban un viejo de largas barbas y una pareja de peregrinos que acababan de retomar el camino ese mismo día. Sólo tenemos un pequeño botiquín de primeros auxilios, pero podemos intentar llamar a la Guardia Civil. Con un poco de suerte pueden llegar rápido hasta aquí.
- ¿Tenéis teléfono aquí?
- No, el más próximo está en el siguiente pueblo, poco más de dos kilómetros, hacia el sur. Pero veo que tienes un teléfono móvil, ¿eh?
- Sí, ¿qué número de urgencia puedo utilizar?
- Los móviles son inútiles desde este sitio, no tienen cobertura. Estamos rodeados de colinas.

Me invitó a asomarme al exterior, y apuntando con el índice me dijo:

- Si subes hasta ahí arriba será suficiente para que funcione tu teléfono. Puedes llamar al número de la Guardia Civil de esta provincia.

Tras facilitármelo, cogí nuevamente mi vehículo y subí por el pequeño monte que me había indicado. Subir montado en la bicicleta era adecuado mientras pisaba hierba, pero cuando ésta desapareció para dejar al descubierto la roca desnuda eché el pie al suelo y miré el indicador del nivel de cobertura del teléfono, que seguía al mínimo. Así que, dejando mi vehículo a un lado, salvé los últimos metros a pie, mientras sostenía el aparato sin despegar la vista de su indicador de cobertura. Cuando finalmente éste comenzó a ser operativo, marqué el número pero el resultado fue descorazonador: el número no existía. Debía faltarme o sobrarme a buen seguro algún prefijo. Insistí, pero con idénticos resultados. Levanté la vista.

Desde aquel punto se dominaba una buena porción del ajetreado camino que habíamos salvado últimamente. Intenté aguzar la visión y conseguí distinguir a quien me pareció mi pareja de compañeros avanzando despacio hacia el refugio. La duda de la pierna rota del asturiano dejó de existir, pues éste avanzaba a pie, muy despacio, empujando el manillar de su bicicleta. Esperanzado por la visión, decidí bajar del alto y acercarme hasta ellos.

Su amiga llevaba mis alforjas sobre las suyas propias, sujetando con una mano su bicicleta y ofreciendo su otro brazo como apoyo a su amigo para avanzar. Encontramos junto a la puerta del albergue e interrogar a mi primo se sucedieron automáticamente:

- ¿Cómo está tu pierna? ¿Sientes algo roto?

Fue su amiga quien respondió por él,

- No es en la pierna donde parece estar la lesión, sino en su brazo, no puede moverlo. Se lo ha debido de torcer.

- ¿No te has roto entonces la pierna? Gracias a Dios, estabas gritando como loco, ¡me hiciste creer lo peor! - me dirigí de nuevo al infortunado.

- No, no. ¡Ay! Es mi brazo izquierdo.

Ayudé a la chica del caudal con la carga, y aparcamos las bicicletas. Entramos los tres juntos en el refugio, donde salió nuevamente el hospitalero a interesarse, e informarnos.

- He mandado un chico a avisar a una ambulancia. Creo que se acercará antes por aquí un coche de la Guardia Civil. No os preocupéis, deben estar en camino.

- Creo que no va a ser necesario, le repliqué, el susto no pasa de un golpe o una torcedura en el brazo.

- Pues se acercarán de todos modos, no puedo avisarles ahora de lo contrario.

El accidentado mientras tanto examinaba su antebrazo y muñeca, inseguro de reconocer el punto exacto del dolor.

- Lo que está claro, -resolvió- es que no puedo montar en bicicleta así.

Al punto comenzaron a sucederse algunas gotas de lluvia que en segundos se convirtieron en un ruido infernal sobre el tejado. La agreste previsión meteorológica que me había adelantado el lugareño se cumplía, con escrupulosa exactitud horaria.

En el salón del albergue comenzaron a reunirse los que se refugiaban del chaparrón. Como el viejo Paulino, que afirmaba haber ganado la compostelana desde Roncesvalles hasta cinco veces a pesar de su cojera y de tener desde hacía años, éste sí, una pierna vendada o una pareja de cicloturistas vascos, de los que el chico tomó la guitarra del hospitalero para

entretenernos unos minutos deslizando nerviosamente sus hábiles dedos por el mástil destilando sonidos blues.

Dejamos pasar el tiempo durante casi más de tres cuartos de hora, distraídos con estas gentes, y no habían llegado ni la ambulancia ni el coche de la Guardia Civil. No se hacía recomendable mantenerse más tiempo así; además el aguacero había cesado y el sol nuevamente se hacía ver en el cielo. Hablé con el hospitalero de las posibilidades de encontrar un servicio médico en las cercanías.

Si queréis seguir por el camino, el siguiente ambulatorio está pasando tres o cuatro pueblos, a bastante más de veinte kilómetros de aquí. Pero si no os importa desviaros de él podéis acercaros tomando la autovía hasta Pampliega, que está algo más cerca.

La opción de seguir por la ruta jacobea se había desvanecido del pensamiento después del accidente; cuando menos una lesión de tal naturaleza obligaría al infortunado a mantener el miembro en absoluto reposo. Así que lo más práctico parecía a primera vista alcanzar ese pueblo apartado hacia el sur de nuestro camino, si tanto la ambulancia como la guardia civil no alcanzaban la llamada. Enzarzados los tres en la discusión para resolver la conveniencia de salir de inmediato o seguir esperando, el rumor de un motor de automóvil desde detrás de la cabaña casi no reclamó nuestra atención.

Se trataba de una pareja de guardias civiles, avisados por radio de la urgencia. Expeditivos y aparentando estar muy ocupados, casi sin bajarse del vehículo, se prestaron a trasladar al accidentado en su coche, mientras que su chica y yo deberíamos transportar todos nuestros bultos y bicicletas, para así encontrarnos lo más tardar al día siguiente en la capital de la provincia. Si no habíamos tenido claro el seguir esperándoles, la oferta nos pareció no arreglar tampoco en algo nuestra situación y despedimos amablemente a los civiles, que se marcharon tras advertirnos que tampoco podría llegar hasta allí la ambulancia.

Y regresamos al salón del albergue, donde entramos los tres en una especie de sopor, desganados para tomar decisión alguna. Ya eran casi las tres de la tarde, aún no habíamos probado ni bocado desde nuestro desayuno en Tardajos antes de partir, y sobre todo descorazonados: el viaje a buen seguro se había terminado e interiormente se nos pasaba por la cabeza que una vez atendidos los daños en el brazo del asturiano probablemente deberíamos estar de vuelta a la Pola al día siguiente.

Mi compañero ya se había restablecido de la conmoción del golpe y a pesar de que los dolores en la muñeca y antebrazo no remitían, fue él quien se decidió por una vez a proponer que fuéramos nosotros mismos hacia el ambulatorio con nuestras bicicletas. Realmente sólo era él quien podía plantear y afrontar algo así. Según lo explicado por el hospitalero, tomaríamos en cuanto pasáramos un par de pueblos la autovía, para hacer el trayecto más cómodo. No había que pensarlo más. Volvimos a montar las cosas en su sitio, afianzando las correas y cremalleras de las alforjas para después ajustarles sus elásticos pulpos por alrededor.

Nos pusimos en marcha tras despedirnos de aquellas gentes tan curiosas y variopintas que se habían juntado en el salón del albergue: el parlanchín Paulino; el simpático hospitalero que se metía con la pareja de vascos, el chaval vasco al que aquél apodaba "el jarrai", apelativo sobre el que no nos merecía curiosidad conocer su origen, y una pelirroja de curvas y proporciones tan escalofrantes como las cuestas que le habían costado la caída a un peregrino, que se paseaba desde la cabaña hasta una fuente propiedad del albergue. Desgraciadamente, la situación y los ánimos no colaboraban en ofrecer de marco un afortunado día para completar tan angelical visión.

Así las cosas tomamos la carretera, que era más bien un camino de cantos amarillentos y polvo que picaba un poco hacia abajo, aunque mucho más cómodo para rodar que los últimos e ingratos metros del camino, bajo un cielo limpio donde por fin brillaba radiante el sol de verano que nos había sido fiel hasta esa misma mañana.

Atravesamos un par de pueblos pequeños donde nos guiaron algunos vecinos para seguir un trayecto del que no parecía ser demasiado difícil desviarse, mientras no perdíamos de vista el pedalear del asturiano accidentado y los reflejos del dolor que pudiera acusar su semblante. Él agarraba el manillar de la bicicleta apoyándose sobre el brazo sano e intentando no cargar los saltos e impactos sobre la muñeca dañada, de la misma manera que la caída que sufrí en Belorado tres días antes me había obligado a hacer a mí.

La ruta debía ser sencilla: tras superar el primer pueblo que distaba unos siete kilómetros del albergue, en ligera bajada, y una vez pasados los siguientes dos pueblos a través de un camino, que nos había referido el hospitalero, llano y con tramos en ligera subida entre abundantes eucaliptos, deberíamos acceder a la autovía desde donde ya sólo restaba seguir la indicación hasta Pampliega.

Cuando nos incorporamos a la autovía avivamos el ritmo y pasamos por un cruce donde había una gasolinera y una casa de citas. Allí le preguntamos a través de la ventana de la cocina a las prostitutas extranjeras que cocinaban animadamente si estábamos en el buen camino, a lo cual nos indicaron que sólo debíamos atravesar el puente que cruzaba la autovía para entrar en Pampliega. Dimos en poco tiempo con el ambulatorio tras callejear un poco y subir hasta la parte alta del pueblo. Tras cerciorarse que el servicio de urgencias por fortuna trabajaba aquel gafado día, entró al punto el accidentado. La asturiana y yo reposamos nuestras bicicletas contra una verja metálica mientras nuestro compañero desaparecía detrás de la puerta del ansiado ambulatorio.

Era todavía algo menos de las cuatro de la tarde, al sofocante calor lo aliviaba el soplo de una ligera y agradecida brisa. Pero, amén del hambre que nos devoraba a esas horas, lo peor eran nuestros pensamientos de aturdimiento y desolación, reflejados a buen seguro en nuestros rostros: ¡nuestra peregrinación se había acabado!

Puestos en el mejor de los casos al accidentado se le inmovilizaría el miembro lesionado y exigido un reposo absoluto para su muñeca, si ésta no tenía esguince o torcedura demasiado graves y, en cualquier caso, deberíamos olvidar alcanzar Santiago.

Especulábamos; quizá el reposo no pasaría de un par de días, y quizá podríamos encontrar un sitio para montar nuestra iglú por ese tiempo, para después prudente y tranquilamente retomar la ruta. Pero no, no podía ser, me argumentaba ella, nuestros plazos estaban comprimidos, y teníamos obligaciones que atender antes del fin del mes. En realidad a ninguno de los dos nos apetecía seguir con la conversación y lo único que acordamos fue preguntar al primer lugareño por una tienda de alimentación o por un bar para poder tomar algo, ya que los que nos habíamos cruzado en un primer vistazo al pueblo estaban cerrados.

A los pocos minutos pasó delante nuestra un vecino, el único valiente transeúnte a esas horas por las calles de aquel pueblo con apariencia desoladora, a pesar de la luminosidad de la tarde.

- Oiga, disculpe. ¿Dónde podemos encontrar un sitio en el pueblo cerca para comer o comprar algún alimento?

El viejo nos repasó con un golpe de vista un poco extrañado, pero no dejó lugar a la duda:

- A esta hora no hay nada abierto por aquí. Podréis encontrar un restaurante por la autovía justo en el cruce, a pocos kilómetros de aquí.

Seguro que debía referirse al cruce donde unos minutos antes nos habíamos detenido. Me pareció que vacilara algunos segundos, a todas luces contrariado a la vista de nuestra tribulación, y tras fijarse en las heridas de mi cara y despedirse apresuradamente siguió su paso hacia la cancela de su chalé, que quedaba muy cerca del ambulatorio.

- Bueno, parece que hoy no es nuestro día. Vamos a comer a las tantas- dije yo mientras juntaba las manos y volvía a acomodarme.
- Seguro que encontraremos algo. Voy a acercarme a ver a Raitán, repuso mi compañera. Espérame aquí, no creo que ya tarde mucho.

Ni dos minutos transcurrieron desde que ella desapareciera detrás de la esquina hacia el ambulatorio cuando apareció por mi derecha el viejo junto a un pequeñuelo que se adelantaba a él, movido por la curiosidad.

- Mi mujer quiere que entréis en nuestra casa y almorcéis con nosotros.

Me quedé mirándolo con un asombro que reveló mi extrañeza, y a la vez la alegría de la aparición de un alma gentil. Pero ¿debía rechazar amablemente su invitación? ¿O acaso no debía despreciar tanta cortesía? Y, en todo caso, ¿es que nuestra situación podía permitirse desaprovechar una oportunidad como esta?

Estaba confundido, pero el viejo actuó más rápido que yo e hizo el ademán de tomar las bicicletas. Entonces me levanté y, ayudado de su nieto, trasladamos las bicicletas hasta el jardín de la casa de estos benefactores, la cual como ya ha sido apuntado estaba poco más de cincuenta metros de allí. Mientras depositábamos nuestros vehículos junto con los equipajes salió a recibirnos su esposa y otro chavalín, más pequeño que su hermano, junto a sus padres y otra pareja. ¡Vaya, el día de reunión familiar, y nosotros con ellos!

A decir verdad me encontraba algo violento, pero a la vez aliviado, aunque mayor aún era mi impresión de incredulidad

al encontrarme recibido casi como un familiar más entre gentes tan hospitalarias.

La buena señora que había instado a su marido a llamarnos se volcó conmigo de inmediato, ofreciéndome su lavadero para adecantar nuestras ropas y me mostró la gran mesa dentro del porche donde comeríamos en breve junto al resto de su familia mientras yo le informaba del paradero de mis compañeros de viaje. Ella estaba encantada de que el azar, o la necesidad, nos hubiera llevado allí si bien algo apenada por nuestros últimos reveses, así como su hija y su yerno quien se prestó a acompañarme de inmediato a recoger a mis colegas.

El ambulatorio se encontraba justo enfrente de la puerta trasera del jardín de esta familia y tras dejar atrás a mi acompañante me apresuré hacia el interior del ambulatorio a fin de comunicarle a mis compañeros el golpe de suerte que nos había venido encima después de tanta desventura junta. Estaba la chica de la Felguera hablando con su pareja, quien acababa de salir de la consulta con el antebrazo vendado. Éste sujetaba firmemente una célula metálica que inmovilizaba completamente el giro de la mano y los movimientos de la muñeca. Nuestras preocupaciones estaban disipadas: todos los huesos estaban en su sitio y no había ni esguinces ni fracturas, todo se reducía, eso sí, a una fuerte y dolorosa contusión sobre el tejido muscular.

Él podría pedalear si echaba en su equipaje de ahora en adelante una buena capacidad de sufrimiento para soportar las molestias. Así que la noticia de nuestro inesperado y gratuito alojamiento y almuerzo en casa de esta familia se antojaba como la continuación natural del guión de una película con final feliz. Sobre todo al asturiano no le pareció extrañar demasiado esta muestra de generosidad, quizá bien acostumbrado en sus incursiones solitarias por pequeños mundos de su región, casi inaccesibles a la cartografía. Sitios donde la gente parece formar parte del entorno para ofrecer una mano amiga, quedando siempre satisfechos por el mero hecho de poder ayudar.

En un momento, tras atravesar nuevamente la puerta trasera nos vimos rodeados por esta cariñosa familia que nos dirigió hacia el porche donde todo estaba ya listo para el festín. Ya acomodados alrededor de la mesa, muy poco después nos estábamos deleitando con exacerbada fruición del almuerzo que había preparado la señora, obsequiándonos a las chuletas de cordero dentelladas casi tan fuertes como las que había descargado el empolvado suelo y piedras sobre nuestros huesos.

El viejo me ofreció un vino que él mismo se encargaba de preparar y con el que muy agradecidos regamos la comida con una abundancia que parecía impropia de ciclistas que tenían que afrontar más kilómetros de los que ya llevábamos en nuestras piernas. Tras dar buena cuenta de este delicioso almuerzo compartimos con ellos entre tazas de café y porciones de tarta helada nuestras experiencias y también las renovadas ilusiones de alcanzar Santiago. La hija del viejo y su marido se ofrecieron para acercarnos a un pueblo vecino donde se encontraba de guardia la farmacia que necesitábamos para aprovisionarnos de los medicamentos que le habían sido recetados al bueno de Raitán.

De vuelta a Pampliega, mientras volvía a llover con cierta intensidad a pesar del ambiente bochornoso, entramos en un animado pub donde este matrimonio nos invitó a unas copas y conocimos a algunos vecinos del lugar, entre ellos al juez del pueblo. Todos parecían igualmente dotados para la hospitalidad y la generosidad, innatas, y fue el mismo juez quien propuso llevarnos hasta el siguiente pueblo del Camino, prestando su furgoneta para llevar nuestros equipajes y vehículos.

No nos quedaba más que aceptar y de vuelta al chalé cargamos nuestros bultos en dicha furgoneta mientras nos hacíamos sitio en el pequeño Renault de esta simpática pareja.

Y nos despedimos del resto de la familia, especialmente del viejo y su mujer quienes nos hicieron prometer que llamaríamos en cuanto llegáramos a ver al Apóstol. Una parte del éxito y la alegría del viaje serían también suyos.

Dejamos atrás un buen trecho, alrededor de unos veinte kilómetros, en tres coches; el que nos llevaba y otro de un amigo del pueblo que quería participar de la aventura y la furgoneta del juez con nuestros efectos. Decidimos llegar hasta Castrojeriz, punto del Camino que dispone un albergue para los peregrinos, aunque nuestros amigos nos propusieron alcanzar Frómista. A nosotros nos parecía más que suficiente el tramo salvado en automóvil, dada la hora y lo envalentonado que estaba nuestro ánimo amén de nuestro afán por sentir el contacto directo de los efluvios telúricos que emanan de esta ruta mágica.

La cortesía de nuestros benefactores no acababa ahí, ya que buenamente prevenidos y conocedores de los avatares y

picaresca que rodean al camino insistieron en acompañarnos hasta la misma recepción del albergue para aligerarnos en la descarga de los bultos y explicar al hospitalero o encargado de aquel albergue las circunstancias que nos habían precedido y obligado a llegar hasta aquel punto mediante locomoción mecánica, y no de los medios que están reconocidos para hacer uso de la red de albergues para peregrinos. En efecto, estos lugares de impagable descanso para el viajero sólo están a disposición de aquellos que vayan a pie, en bicicleta o a caballo de forma que la explicación que insistían en ofrecer nuestros amigos estaba más que justificada.

El hospitalero era un bonachón entrañable: una larga barba gris y canosa a juego con una melena también encanecida que le conferían un aire hippy y jovial a pesar de su avanzada madurez; sus ojos vivos y pequeños revoloteaban tras unas gafas graduadas muy grandes, jugando con preguntas traviesas y sin parar de bromear, sobre todo acerca de nuestro lamentable aspecto físico. Tenía un cuerpo alto y fuerte, donde salía un vozarrón imponente y al mismo tiempo paternal.

Firmamos en el libro de registros tras mostrar nuestras credenciales y nos dirigimos hacia el patio contiguo del edificio donde depositamos nuestras bicicletas, asegurándolas con sus candados, y dejando nuestros equipajes en el enorme dormitorio de la planta baja al lado de los colchones que estaban extendidos directamente sobre las baldosas del suelo.

Volvimos hacia el exterior para acompañar a nuestros amigos hasta sus coches. Nos despedimos de ellos con muchos abrazos y repitiendo hasta mil veces nuestras gracias; ellos por su parte nos obligaron a repetir nuestra promesa de llamarles y apresuradamente tomaron calles abajo el empedrado de Castrojeriz, que ya oscurecía rápidamente.

De vuelta al interior del albergue nos ocupamos de nuestro acomodo para aquella noche. Aquello debía ser normalmente un colegio o centro de formación habilitado estacionalmente para acoger a gente como nosotros quienes agradecíamos la oportunidad de descansar nuestros cuerpos, aunque estuviéramos más de quince concentrados en el justo espacio que se necesita para cubrirlo de colchones. Sobre éstos colocamos nuestros aislantes y sacos y, tras acordar el orden para utilizar los aseos, nos dispusimos a gozar de una gratificante y reponedora ducha con agua caliente y jabón.

Ya entrada la noche di un paseo en soledad por el casco viejo de esta hermosa villa, cuajado de mesones, hospitales,

edificios románicos e iglesias. Algunas torres y murallas estaban iluminadas, bien visibles desde las empinadas y empedradas calles que llevan hasta la parte alta. Una satisfacción plena para los sentidos de los peregrinos sin prisas.

A la mañana siguiente, y con gran sorpresa, fuimos despertados con unos cantos gregorianos que retumbaban por los pequeños y ocultos altavoces dispuestos en la sala donde dormíamos. El singular hospitalero había dado volumen en su aparato de música para empujar de la cama al peregrino y ponerlo a caminar aún de madrugada con el servicio de despertador más original que habíamos conocido.

Salimos gracias a esto muy temprano, casi no había claridad y era poco más de las seis cuando nos despedimos de aquel acogedor albergue dejando el desayuno para más tarde, haciendo parada en algún pueblo de la ruta. Éste sería la localidad palentina de Itero de la Vega, donde encontramos una tienda al margen de la carretera. A pesar de la lesión que arrastraba el asturiano en su brazo, éste no acusó dolor o al menos no nos lo expresó como inconveniente para rodar con normalidad. Algo que suponía satisfacción doble pues para la jornada de ese día nos habíamos propuesto algo que se asemejaba a una maratón ciclista. El recorrido por Palencia prometía ser monótono aunque con interesantes pasos por localidades claves de la ruta de Santiago. Mucho antes de mediodía llegamos al que sirve como final de la sexta etapa del *Códex Calistinus*, Frómista donde disfrutamos con la visita a la imponente iglesia de San Martín. Excelente exhibición del mejor románico y construida en una piedra blanca y robusta se levanta sobre tres naves, rematada con un austero cimborrio y dos torres cilíndricas en su fachada. Paseamos por su interior y luego nos recogimos en la contemplación y en nuestra meditación interiores: la fuerza ejercida por el lugar dirigía sus efluvios hacia nuestros corazones. Allí pasamos el mediodía y no saltamos al andadero de peregrinos hasta más de una hora después de llegar a Frómista.

Antes de las dos de la tarde y tras avanzar una veintena de kilómetros nos recibió otro enclave majestuoso del camino de Santiago, Carrión de los Condes, al que llegamos pasando el puente sobre el río que comparte nombre con el enclave. Algo parecido como le sucediera en el antiguo testamento al pollino de Buridán pero sin llegar a perecer por la indecisión nos vimos abrumados por la cantidad de edificios, templos y monasterios que se atesoran en esta hermosa y

recóndita ciudad palentina. Sin poder rendir visita a todos ellos pasamos una gran parte de la tarde visitando el convento de Santa Clara, y la formidable iglesia de Villalcázar. La ciudad se merecía una visita profusa y después de cumplimentarla fuimos a reposar en las inmediaciones del río buscando algo de frescor en aquella cálida tarde. Proseguimos con la marcha saliendo por el monasterio de San Zoilo, llegando a presenciar al punto cómo un cicloturista se precipitaba de su bicicleta hacia el asfalto sin llegar por fortuna a lastimarse. Nos dirigimos enseguida hacia él, que ya estaba siendo atendido por su compañero de viaje para auxiliarle y verificar que no había sufrido mayores desgracias.

- He tenido mala suerte, pero puse los brazos por delante y he sabido caer, se alegró.

A lo cual intercambiamos una mirada el de la Pola y yo, por razones que saltarán a la vista del informado lector. Nos despedimos después de un breve diálogo de la pareja y proseguimos nuestro pedalear hasta dejar atrás más de treinta kilómetros. Habíamos con esto andado la jornada más larga de nuestra peregrinación descontando algo más de sesenta y cinco kilómetros a la ruta, acumulando hasta la fecha casi doscientos cincuenta.

Antes de caer el manto de estrellas sobre el cielo llegamos a Sahagún, donde encontramos hospedaje en el magnífico albergue habilitado en la Iglesia de la Trinidad que sin embargo estaba masificado hasta lo agobiante. Las instalaciones prefabricadas incluían unos compartimentos independientes que hacían las veces de habitaciones donde se podían estirar los sacos de dormir y dejar todavía espacio libre para respirar, otros contaban con literas y naturalmente habían sido los primeros en ocuparse. Reinaba un calor agobiante, mezcla del respirar y transpirar de tal acumulación humana en ese espacio y los materiales con los que estaban construidas las habitaciones. Las ventanas estaban abiertas pero esto no era suficiente, así que dejamos con cuidado nuestras cosas y extendimos nuestros sacos de dormir, dispuestos a salir a pasear por la ciudad y, exhaustos como para preocuparnos en más quehaceres, delegar la responsabilidad de preparar la cena a algún bar del lugar. Mi lecho tuvo que ser instalado en la planta baja, debajo de unas escaleras de madera que daban salida a un patio interior mientras mis amigos conseguían un espacio libre en el suelo de la planta alta.

A la mañana siguiente, y a pesar del incesante ir y venir de peregrinos que desde las cinco de la mañana comenzaban a

levantar el campamento y reanudar la marcha nos fue imposible abandonar el abrigo del saco. Hacia las seis y hasta eso de las siete y media de la mañana el ruido era molesto y ensordecedor. Nuestro descomunal cansancio seguía sin permitirnos el incorporarnos hasta que la gran mayoría de los romeros ya estaban en camino, dejando el albergue casi desierto.

Al igual que con la cena, nos dirigimos a un local que ofrecía comidas y desayunos muy cerca del albergue para no perder tiempo en prepararla nosotros mismos. Habíamos empleado más de media hora en sólo rehacer los equipajes y colocarlos sobre los portabultos. La fatiga producto de la intensa jornada anterior no había remitido lo suficiente y nuestros rostros exhibían unas ojeras lamentables. Sentados alrededor de la mesa del desayuno, en el comedor de aquel bar, sorbíamos de nuestras tazas con las cabezas agachadas, sin hablar, temiendo el inminente reencuentro con la pista. Otros peregrinos rezagados estaban sentados en la barra, apurando los cafés antes de tomar la bicicleta o volver a desgastar las suelas de sus calzados. A nosotros en cambio no nos azuzaba prisa alguna, nos dolían las articulaciones, y las agujetas empezaban a punzar nuestros aún fríos músculos. En algún momento de aquella restauración energética matutina tomó la palabra el de la Pola:

- A este ritmo no podemos seguir. Me opongo a repetir un día como el de ayer. No hemos disfrutado del camino y no me resigno a convertir la peregrinación en una vuelta ciclista, aunque queramos recuperar en un par de días el tiempo que hemos perdido a causa de nuestros infortunios.

A este sensato comentario asintió en silencio su compañera y yo callé también. No cabía duda de la verdad de sus palabras, pero la reflexión sobre nuestro calendario no nos ofrecía margen para el descanso. Ya el primer día en la Rioja habíamos empleado casi la totalidad de la jornada en los preparativos de la partida, avanzando una paupérrima docena larga de kilómetros. Durante los días siguientes no habíamos alcanzado una media superior a la treintena, sin hacer mención de los días que conocieron nuestros accidentes respectivos en Belorado y en Hornillos del Camino. En esos días habíamos vuelto a avanzar lo que un romero a pie cubre con un tercio de su jornada. Para alivio nuestro habíamos contado con la pequeña ayuda motorizada para alcanzar aquel albergue en Castrojeriz y darle un breve descanso a la maltrecha muñeca izquierda del asturiano.

Estaba fuera de toda duda que el nuevo día debía traernos un camino más relajado, abandonando toda idea de avanzar más allá de la capital leonesa, o sea, hacer a lo sumo unos cincuenta kilómetros y tener así una etapa más tranquila que nos repusiese de los últimos esfuerzos.

Ésta se trataría por otra parte de una jornada que las guías del camino señalan como poco trascendentes y de puro tránsito, discurriendo por paisajes de escaso interés, a la espera de alcanzar puntos más estimulantes de la ruta. En efecto el camino debe ceder su propio trazado una vez más al asfaltado arcén de la carretera nacional durante muchos kilómetros de travesía por esta provincia.

El Camino y la aventura.

La mañana era muy fresca y una ligera neblina velaba el pequeño pueblo burgalés de Villafranca Montes de Oca, donde habíamos hecho noche en la base de acampada de los Scouts.

La enorme tienda en la que acabábamos de despertar y que pertenecía a la base estaba cubierta de una copiosa rociada aunque habíamos permanecido aislados del penetrante frío que había reinado durante la madrugada. Nuestros vehículos estaban igualmente empapados y precisaron de un rápido secado que hicimos tras acabar de despedir el cálido abrazo de los sacos de dormir. En otra tienda, destinada a comedor para los que allí nos encontrábamos, dispusimos los avíos para preparar un desayuno del que se encargaría Raitán. La pequeña cocina de gas calentó agua con la que mezclamos nuestra leche en polvo al que añadiríamos los habituales y nutritivos cacao y muesli. Esta vez además completamos nuestra "comida de resistencia" del día con galletas rellenas de chocolate de las que dimos buena cuenta, explayándonos ciertamente en estos reconfortantes momentos, sabedores de las exigencias que el terreno que nos esperaba impondría a nuestras musculaturas y a nuestras máquinas. En efecto, y tal y como nos confirmaron en la tienda principal de la base los encargados de ésta, el camino ascendía continua y pronunciadamente desde el mismo pie de la base scout, donde debíamos torcer hacia la derecha y comenzar sin solución de continuidad el ascenso al puerto. Algunos de los peregrinos con los que charlamos antes de la partida hacían comentarios sobre las sorpresas que atesoraba la ruta en sus próximos kilómetros, confirmando y exagerando más aún si era posible las proporciones de las dificultades del terreno: ascensiones en pendiente de alrededor del dieciséis por ciento en algunos tramos, piso muy irregular y seguramente muy embarrado por los aguaceros del día anterior con lo que se haría extremadamente resbaladizo y peligroso, y por último una bajada en picado que descendería a pendientes quizá aún mayores que los de subida al puerto. Yo volví a examinar dubitativo y, por qué no, temeroso el estado de mis rodillas, sobre las que nacían unas postillas muy frescas y reblandecidas por la humedad, más aún que las de mi rostro y antebrazos aunque estos últimos estaban perfectamente

protegidos con sendos apósitos y una redecilla que no dificultaban la movilidad del miembro. Sólo me cabía extremar la prudencia y, así, nos volvimos a dirigir a nuestra tienda donde recogimos los bultos y nos enfundamos nuestros equipos. Nos ajustamos las mallas y sobre las camisetas nos abrigamos con sendas sudaderas que nos protegieran del frío de la mañana hasta que nuestros cuerpos rompieran inevitablemente a sudar, de lo cual no cabía duda que sería de forma intensa.

A continuación fijamos los equipajes sobre los portabultos de las bicicletas, asegurándolos con especial firmeza mediante los pulpos en previsión de los vaivenes y saltos que el terreno iba a producirles. Finalmente y mientras empujábamos las bicicletas campamento abajo tras acabar de recoger la tienda, nos tropezamos inesperadamente y para desesperación de mi asturiana compañera con la pareja de valencianos que parecía seguir nuestros pasos. Sonreímos, intercambiamos comentarios sobre el estado de nuestras rodillas tanto las nuestras como las de él, ya que él también había padecido el castigo de su cuerpo contra el suelo, y mientras regresaban hacia su tienda y se rendían así a la tentación de descansar un poco más reanudamos nuestra salida de la base de acampada. La peregrina de la Felguera, la más aliviada de perderlos de vista, no acertaba a explicarse cómo podían afrontar una peregrinación tan dura abandonando las sábanas, o sacos de dormir en su caso, a unas horas que obligarían a soportar el mayor peso del camino en las horas centrales del día, cuando el sol hace más aconsejable el descanso que el esfuerzo.

Tras despedirnos de los encargados de la base que volvimos a encontrarnos y recibir sus deseos de éxito para nuestra empresa, accedimos a la salida y finalmente montamos sobre nuestros vehículos. La salida del recinto bajaba en pendiente y nos dejamos caer montados sobre las bicicletas y frenando con insistencia. Una vez fuera giramos hacia la derecha y afrontamos la subida del puerto, fijándonos como primera meta para aquélla jornada uno de los puntos culminantes de la Ruta de Santiago: el monasterio de San Juan de Ortega. Las primeras pedaladas ya serían para comenzar a salvar una pronunciada rampa.

Sólo naturaleza y más naturaleza nos rodeaba en aquella pista que obligaba a que utilizáramos nuestro desarrollo más cómodo, con el plato pequeño y poniéndonos de pie con frecuencia sobre los pedales. La arboleda era abundante, plagada de frondosos robles y arbustos a ambos lados del camino. Adelantamos a algunos peregrinos a pie, quienes nos saludaron con una sonrisa, incapaces de articular palabra

para ahorrar todo el aliento que hacía falta para subir por aquellos parajes.

Nuestra atención estaba en el suelo, donde teníamos que sortear toda clase de obstáculos, piedras de todos los tamaños, charcos y pequeños promontorios que nos obligaban a descabargar y empujar la bicicleta, o echarla al hombro cuando era necesario. Atravesamos un río, que aún estaba lejos del alto de la Pedraja, y situado ya a una respetable altitud sobre el nivel del mar. A partir de ahí rodamos por una cómoda pista que volvía a elevarse y con ello nos obligaba a utilizar el desarrollo más corto del juego de cambios de las bicicletas.

Tras cruzar el alto sin detenernos, satisfechos de nuestro magnífico rendimiento y estimulados por el delicioso paisaje que nos rodeaba seguimos hasta San Juan. A lo lejos, sobre un limpio calvero se levantaba incólume al paso del tiempo el espléndido monasterio, iluminado por el rutilante sol de la montaña. A la capilla erigida para ayudar a los peregrinos en estos parajes se sumaban una serie de construcciones en un estilo semejante. Pero era la sólida y austera construcción románica la que albergaba en su anterior un perfecto santuario de reposo y recogimiento. Punto obligado y deseado de oración, las rodillas tocan el frío suelo del templo en una oscuridad mística de una fuerza y atracción irresistibles. El tiempo se detuvo para nosotros y para todos los que alcanzaban el monasterio, para después devolvernos a la ruta henchidos de gozo y seguros de una protección desde lo más alto para seguir hacia Santiago.

A la salida del templo una tienda de recuerdos y objetos de regalo nos devolvió a lo mundano, y al siglo en el que vivíamos. Seguimos por un camino de tierra en dirección a la capital de la provincia. Decidimos desviarnos una vez más de la ruta para hacer una visita a los yacimientos prehistóricos de Atapuerca, desviados algunos kilómetros hacia la izquierda de nuestro rumbo y accesibles después de subir por numerosas rampas cubiertas de cantos rodados. Esta distracción nos retardó bastante tiempo y procuró que llegáramos a Burgos pasadas las dos de la tarde, con lo que lo primero que hicimos fue encontrar un lugar donde recuperarnos energéticamente con el avituallamiento comprado por la mañana, por más señas en una tiendecita que encontramos en las cercanías de Agés, poco después de San Juan de Ortega.

Aunque algo alejado del centro urbano, el parque sobre el que se extendía el albergue metropolitano era atrayente pero estaba masificado, como la mayoría de los sitios que

encontrábamos; sin duda, chocados por el brutal encuentro con una ciudad moderna tras vivir unos días por prados, montañas, acogedores pueblecitos o minúsculas aldeas nacidas al lado del camino. Fue en uno de los jardines que bordean las orillas del río Arlanzón donde estiramos nuestras extremidades y en un banco dispusimos nuestro almuerzo. Una vez acallados nuestros estómagos y relajados sobre nuestras esterillas aislantes hicimos resumen de lo vivido y reflexión acerca de los próximos días: hasta ese momento habíamos pedaleado unos ciento veinticinco kilómetros, habiendo cruzado el kilómetro quinientos según se descuenta desde la meta. La relación de kilómetros por jornada era desoladora, pero las experiencias -y esta era nuestra gran satisfacción- habían sido excitantes y muy enriquecedoras, no imaginábamos conocer la decepción o extraer una impresión pesimista si bien no habíamos estado ajenos al encuentro con malas vivencias o tribulaciones que ya habían aderezado nuestros días. Deseábamos haber pasado ya por todo lo desfavorable y que nuestro camino hasta Santiago de Compostela estuviera expedito y libre de contrariedades. Por desgracia esto eran sólo deseos.

Reanudar la marcha después del estiramiento muscular fue hartamente difícil, nos propusimos alcanzar la localidad de Tardajos que no dista ni una decena de kilómetros de la capital aunque casi todos en cuesta arriba. Cruzamos el llamado puente del Arzobispo y accedimos al núcleo urbano de este histórico enclave del camino jacobeo para acercarnos hasta el refugio de peregrinos. El hospitalero en funciones aquellos días en ausencia del titular, un joven risueño y hablador con acento de otros lugares, nos recibió con simpatía para decirnos que la casa estaba completa desde primeras horas de la mañana. Al parecer un grupo de peregrinos a pie había escogido esa localidad para hacer un alto de un par de días y recuperarse de sus lesiones. Sin embargo, nos señaló aquel chico, no había objeción alguna para que acampásemos junto a la misma puerta del albergue y así nos sirviéramos de las duchas, salón y demás comodidades además de ofrecernos una mayor seguridad que acomodarnos en campo abierto. No había que decir más para volver a montar nuestra tienda de campaña, sacos de dormir sobre sus aislantes y demás equipo, con la gran diferencia que en esta ocasión la cocina portátil se encendió en la cocina del albergue y preparamos nuestra cena con agua corriente al calor de una casa. Hicimos turnos para ocuparnos de la elaboración de la comida y utilizar la ansiada ducha de la casa, algo que resolvimos con presteza para ponernos a cenar en el jardín de entrada del refugio y suelo de nuestra

tienda. Allí se habían congregado la tertulia de exhaustos peregrinos a los que se habían unido los que habían llegado a última hora, amén de algunos vecinos del pueblo que esos días celebraba unas fiestas. Los pies desnudos de algunos exhibían amplios y apretados vendajes que paliaban las molestias de las ampollas y vesículas, en otros relucían magulladuras y roces que les obligaban a vestir sólo sandalias ligeras y les habían impedido seguir ese día y con toda seguridad el siguiente también con la peregrinación. Tras acabar con los generosos platos de pasta que el de la Pola había cocinado nos incorporamos a la animada tertulia con unas tazas de café y leche calientes. Allí nos entretuvimos hasta casi la medianoche, hora inusitada para un peregrino que debe retomar el esfuerzo pocas horas después, para dirigirnos a nuestra iglú cuando se disolvió definitivamente la tertulia, lo cual permitió por otra parte que reinara la tranquilidad necesitada para el sueño. Nos despedimos del hospitalero, agradeciéndole sus atenciones, y de otros peregrinos, puesto que nuestra hora de partida sería mucho antes de que ellos estuvieran en pie o al menos esa era nuestra intención. La realidad es que aquélla noche descansamos profundamente y nos despertaría un sol bien alto sobre Tardajos. Para ese día tendríamos que viajar por Palencia tras dejar la provincia de Burgos, pero el siempre caprichoso destino nos iba a deparar nuevas sorpresas.

Subida al Foncebadón.

Aún era oscuro cuando un ajetreo desveló mi sueño. En aquella pequeña estancia ocupada con cuatro camas con literas que hacía las veces de refugio de sueño para peregrinos no entraba luz alguna como escribo, pero alguien se había incorporado para reemprender camino. Se trataba del único y anglosajón usuario del albergue en aquella pequeña villa del Ganso, aparte de nosotros. Con un último ruido de recogida de bártulos y con un solo pero ligero golpe cerró tras de sí la puerta de madera de la habitación. Las persianas de las ventanas, también de madera, estaban del todo bajadas, así que ni siquiera la luz artificial de las casas de enfrente llegaba a entrar en nuestro dormitorio. La respiración de mis compañeros ya revelaba su estado de vigilia, que empezaban a agitarse en las camas.

En solo cuestión de un par de minutos ya nos habíamos incorporado todos, azuzados por la devoción madrugadora de aquel extranjero. Aunque en esta ocasión el intervalo de tiempo que nos llevó de incorporarnos sobre el lecho hasta posar definitivamente los pies sobre el suelo se demoró algo más de lo habitual, indicio de un comienzo de acumulación de cansancio que multiplicaba el peso de los párpados sobre los ojos.

Tras superar con gran voluntad estos deseos voluptuosos de permanecer al abrigo de aquellas sábanas, improvisamos una mañana más la cocina portátil en la que despacharíamos nuestro primer bocado de la jornada, en esta ocasión junto a un pequeño pozo seco y un grupo de piedras regulares que conformaban una barbacoa, en desuso desde hacía algún tiempo según su apariencia.

A pesar de que la mañana nacía despejada, no era en absoluto fría sino todo al contrario, agradable y muy apacible. Aquel era un pueblín tranquilo, sencillo y acogedor. Únicamente vino a distraernos de este sosiego un par de perros de caza que, alertados por sus olfatos de nuestros desayunos, se convirtieron al poco en incómodos convidados y puñeteros comensales. Despachamos con rapidez nuestro tentempié antes de que acabaran de estropearlo nuestra compañía canina y nos dirigimos de nuevo a la menuda casita que nos había servido de reposo para afrontar la primera gran cumbre de la peregrinación: el alto de Foncebadón, que sirve de pie a la

llamada Cruz de Hierro. Aún desde donde estábamos debían cubrirse alrededor de una docena de kilómetros hasta alcanzar la falda del coloso leonés.

Cumplido el ritual de montar equipajes y preparar vehículos, nos dispusimos a afrontar la etapa con el tremendo estímulo que generaba atravesar lugares tan emblemáticos, hermosos y desafiantes como los que nos aguardaban. El contacto con la tierra, el paisaje y las emociones era muy cercano: avanzaríamos únicamente por senderos de tierra batida y piedras.

Antes de abandonar el pueblo nos dirigimos a devolver las llaves de la puerta del albergue al dueño del bar encargado de aquél. Por cortesía, nos detuvimos unos minutos en aquel rústico local para calentar los estómagos con tazas de humeante café. Eran poco menos de las ocho y media de aquella espléndida mañana cuando dejábamos a nuestras espaldas el indicativo de tráfico que nos despedía del pueblo. Como casi desde la salida de Astorga hasta la llegada al Ganso el día anterior, la carretera era una vía local muy desgastada y salpicada por aquí y allí de innumerables baches y defectos. Pero a diferencia de unas horas antes no teníamos que pedalear contra un intratable viento de cara que reducía nuestra marcha hasta el límite de la exasperación. Por eso y por las repuestas energías volamos en escasos veinte minutos hasta Rabanal del Camino, falda de la subida al Foncebadón.

Recorrimos las calles estrechas y empedradas de aquel pueblo, no mucho mayor que en el que habíamos pernoctado. Algunas hospederías, tiendas de alimentación y otras de recuerdos salían al paso en la calle más ancha.

Detrás de uno de los pequeños y pintorescos hostales una gruesa cerca de piedra separaba la calle de un pequeño olivar. Hasta allí se acercó el chaval asturiano para escoger una maciza piedra ovalada, la cual examinó y alojó en un bolsillo de su portabultos.

- Hay que tomar una piedra desde aquí para llevarla hasta la cruz de Ferro, para cumplir con la tradición y también tengamos protección durante el viaje, me indicó.

Imitándole tomé otra piedra de las que allí se amontonaban, poniendo esmero en no escogerla demasiado pesada. La ascensión a aquel coloso no debía servir de excusa para transportar con el peso de la tradición, pero tampoco había necesidad de llevar hasta el extremo el voto personal de redimir pecados y cumplir promesas.

Una vez finalizada la búsqueda de cantos, y tras hacer buena provisión de agua muy fresca para el ascenso, nos dirigimos pedaleando lentamente hasta la salida del pueblo, donde ya en pronunciada pendiente comenzaba a atacarse la ladera oriental del puerto. En las primeras rampas, largas y duras era posible tomar conciencia del calibre de aquellos kilómetros de ascensión que iban a exigir un esfuerzo muscular notable si bien lo espectacular de la magnífica vista que rodeaba aquella subida distraería nuestro pedalear.

La humedad en el ambiente era muy alta, pero el sol aún no había calentado lo suficiente como para conseguir una atmósfera de bochorno algo que redundaba a nuestro favor para suavizar las primeras rampas. Sin haber pasado por el primer kilómetro del puerto el de la Pola se levantó del sillín tras manipular su juego de cambios y se despegó de nuestra compañía. Durante algunos minutos lo tuve a la vista, para desaparecer por detrás de una curva mientras yo seguía fijado en un pedalear a bloque, cómodo pero exigente. Fue cuando me percaté de que nuestra tercera compañera ya se había quedado aún más atrás. En poco tiempo me vi obligado a subir el piñón de mi desarrollo, llegando a unas rampas muy cerradas bajo las cuales ya se comenzaba a apreciar una altura bastante considerable sobre unos prados muy verdes y visitados por algún ganado. Sin esto ser suficiente tuve que ponerme de pie, balanceando la pesada carga que se repartía sobre el portabultos y que lastraban el ascenso. Cuando la pendiente se empinaba aún más, apareció una curva bendita sobre la que el trazado aligeraba el ascenso y deslizándose durante una magnífica recta pude hacer acopio de oxígeno para seguir adelante sin detenerme. Me preguntaba cómo le iría a nuestra pequeña asturiana, quien había haberse quedado en alguna de las fuertes rampas del comienzo de la ascensión. Con seguridad habría debido poner el desarrollo más corto para avanzar con comodidad pero sin detenerse, a ello su máquina contribuía decisivamente con un excelente juego de cambios. La chica había exhibido un comportamiento valiente y notable durante toda la peregrinación, rehusando con amabilidad cualquier ayuda o excesivo celo por nuestra parte. Siempre que aparecían dificultades o elevaciones especialmente duras ella prefería marchar a su ritmo, descargándonos de preocupaciones para encontrarnos poco después, y más temprano de lo que siempre cabía esperar.

El sudor era copioso y la brisa ya no soplaba tanto, cuando las curvas volvían a cerrarse como herraduras pero con una pendiente que las acercaban a ser casi paredes. La ascensión estaba acompañada por algunos grupos aislados de peregrinos

que subían en silencio, y muy, muy despacio, doblados por el peso de sus mochilas y obligados a hacer numerosas paradas para reponer sus fuerzas, tomar aliento y beber un poco. La cumbre estaba ya cerca, donde la remata la famosa cruz de Ferro. Antes de encontrarme con ella me saltó mi compañero de ruta al encuentro, justo antes de la cruz, punto en el que ya llevaba algunos minutos. Mientras yo proseguía hasta depositar mi canto en la base del milladoiro que hace las veces de peana para esta cruz, él retrocedía unos metros para alcanzar con la vista a nuestra compañera.

Junto a la carretera y cerca de la cruz había algunos peregrinos, y otros turistas que habían llegado en automóvil, deseosos de tomarse unas fotos en este lugar del camino. La base de este sencillo crucero estaba rodeada por una miríada de cantos depositados durante el paso de un sinfín de peregrinos, buscando la protección durante el viaje y alcanzar la meta con salud.

Algunos minutos después alcanzaron aquel punto los dos asturianos, la chica viajaba a la perfección tras haberse tomado la ascensión con los sofocos justos.

Hicimos un breve descanso para disfrutar de la vista desde lo alto y hacernos al descenso, que según habíamos oído, disfrutaba de rampas tan pronunciadas como las que se deslizaban por la falda que habíamos subido. Alojamos algunas hojas de periódico como parapeto contra el viento entre nuestras camisetas y el pecho y nos lanzamos, y nunca mejor dicho, a la bajada. Aún tuvimos tiempo de leer escrito en el suelo con tiza la reflexión de un peregrino: "La meta es el camino".

Las cuestas causaban una impresión pavorosa: a tan sólo unos metros detrás del asturiano podía ver cómo en un par de segundos desaparecía la figura de éste y por fin su gorra, mientras me llegaban sus alaridos mezcla de gozo y terror. Sin haber escarmentado de pasadas experiencias, se dejaba caer depositando su peso sobre el manillar para ganar aún mayor velocidad. Las manos estaban asidas como acero para no perder el equilibrio. En una curva había un pequeño y rústico hostel, donde a pesar de la velocidad logramos leer un letrero en el que se leían las distancias hasta Santiago, y hasta Jerusalén, si bien ésta quedaba a más de tres mil kilómetros de nuestra situación al de la Pola se le ocurrió gritar para hacerse bien audible:

- ¡El año que viene, hasta Jerusalén!

Aunque la caída era cada vez más pronunciada, aún tuvo lugar otro trío de ciclistas de adelantarnos, merced a unas bicicletas ligeras y bien dotadas, y aprovechando toda la aerodinámica que les era posible para lanzarse al vacío.

Utilizar los frenos era cosa bien desaconsejable, más bien se trataba de trazar bien las curvas y, si se deseaba no caer libremente, ofrecer resistencia al viento incorporándose ligeramente sobre la montura.

Gracias a esto la bajada fue muy rápida y un rato después llegábamos a el Acebo con más tranquilidad. Allí hicimos alto en un mesón edificado sobre calles muy empinadas y empedradas, en la misma orilla del camino. En aquel lugar se hacían sitio muchísimos peregrinos, apostados algunos hasta en el dintel de la entrada y deseosos de un trago con el que después alcanzar la localidad leonesa de Molinaseca, ya entrados en el Bierzo, dejando atrás un pequeño santuario. El tiempo seguía siendo espléndido a la recepción en este pueblo, cruzado por un río sobre el que se extendía un magnífico puente medieval.

No nos detuvimos para almorzar sino hasta Ponferrada, capital del Bierzo y la última gran urbe de la ruta antes de alcanzar Santiago de Compostela. Rodeados por el macizo galaico y la cordillera cantábrica nos adentrábamos en la depresión sobre la que descansa esta milenaria comarca. La ciudad nos acogió con sus empinadas calles casi desiertas; supusimos que los vecinos habían optado por salir de la ciudad ese caluroso día o protegerse de la climatología en sus casas. El calor este día iba en aumento para llegar a convertirse en un lastre para nuestras castigadas piernas. Proseguimos tras un breve ágape hacia la carretera nacional cuarta, en busca de la salida hacia la localidad de Columbrianos no sin antes callejear y dar numerosas vueltas por las circunvalaciones buscando la señalización correcta. A este pesar, llegamos temprano a Cacabelos, localidad en la que pese a su innegable atractivo decidimos no alojarnos en favor de llegar hasta Villafranca del Bierzo y volver a alojarnos en una base de acampada Scout como la que disfrutamos en Montes de Oca. A la salida de Cacabelos atravesamos un antiguo pero en excelente estado puente de piedra para tomar de nuevo el arcén de la carretera nacional que nos condujo tras unos kilómetros hasta una pista de arena más favorable. Comenzó a soplar un aire que en menos de una hora se convirtió en un freno a nuestras bicicletas, obligándonos a aflojar la marcha, agachar la cabeza y subir el número de piñones en las ruedas posteriores de nuestras bicicletas. Gracias a la Providencia la magnífica

pista desembocó directamente en Villafranca, donde comprobamos horrorizados que el lugar donde había sido levantado el campamento Scout descansaba en lo alto de una enorme loma que había que superar tras subir por una cuesta que más bien parecía un muro donde sólo se podía ascender con algo así como un desarrollo invertido. Echamos la chica de la Felguera y yo nuestros vehículos al hombro dejando en el suelo los equipajes, para ser recogidos más tarde, mientras el segundo asturiano se lanzaba a subir por la cuesta en un arranque frenético y decidido. Nos detuvimos a contemplar la exhibición y a pesar de que ganaba metros con bravura y el juego de cambios había respondido a la pendiente, el de la Pola comenzó a detenerse aunque se esforzaba con todas sus fuerzas, pedaleando de pie y balanceándose a un lado y a otro. Al final debió sucumbir cuando había acabado de pasar algo así como la mitad de la cuesta y terminó la ascensión con su "preciosa" también al hombro.

- Cuando dejemos las cosas arriba, nos advirtió, vuelvo a bajar por la cuesta para subirla sin equipaje alguno.

Cosa que desde luego cumpliría, mientras nosotros sus compañeros nos afanábamos en nuestra higiene corporal y relax, ahorrando las escasas energías para cruzar en pocas horas todo lo enteros que fuera posible las puertas de Galicia.

Por la noche mi compañero me presentó una pareja de peregrinos barceloneses, cuando yo ya le había expuesto mi necesidad de alcanzar Santiago el día viernes. Según el ritmo que habíamos impuesto hasta la fecha esto no era alcanzable de manera alguna, a menos que en cuarenta y ocho horas completásemos alrededor de ciento cuarenta kilómetros, para lo cual la asturiana se manifestó incapaz e indispuesta. En realidad suponía un esfuerzo considerable, mucho más fatigador, y una pérdida del disfrute del camino o la imposibilidad de detenerse al antojo a conocer ésta o aquella ermita o simplemente compartir más tiempo con otros peregrinos. Era una renuncia notable al encanto de tantas cosas al que no estaba en el derecho de exigir, cuando yo mismo era consciente de que un rodaje de esas características reducía la peregrinación a casi una carrera atlética o una competición.

En la base de acampada nos acompañaron también viejos amigos que habíamos ido conociendo en las últimas jornadas, como en Sahagún donde trabamos amistad con tres peregrinos de procedencia dispar; un maño, un castellano manchego, y madrileño el tercero de ellos. Viajaban con unos equipos

formidables y un conocimiento profundo y bastante concienzudo del terreno, aunque solían permitirse de vez en cuando regar sus almuerzos con abundante cerveza, o grasas cárnicas a mansalva según tendríamos oportunidad de envidiarles. Ellos imponían un ritmo fuerte a su peregrinación, excesivo para mi gusto, y rechacé amablemente la invitación de llegar con ellos a Santiago el jueves veintiocho. De todas formas y según supe algunos días después, ellos relajarían su marcha para no alcanzar la vista de la puerta del Obradoiro hasta el sábado treinta.

Llegando a Galicia

El despertar en la segunda Villafranca de nuestro camino, respirando el aire penetrante y puro que flotaba esa espléndida mañana en la comarca del Bierzo fue el estímulo necesario para afrontar la que se daría como jornada más veloz y dura del viaje, obviando las dificultades e ingratitudes de nuestros accidentes en los días previos.

Las referencias que habíamos ido recogiendo sobre las características de la etapa suavizaban el respeto que imponía el afrontar la entrada a Galicia subiendo Piedrafita, continuar la escalada hasta Cebreiro y rematar con un tercer puerto en el alto de O Poio. Después el camino descendería vertiginosamente durante unos quince kilómetros encontrando por fin un rellano en Triacastela.

Nos encontrábamos también por segunda vez durante este viaje en una base de acampada scout, satisfechos como habíamos quedado de la primera ocasión en Villafranca Montes de Oca. Las instalaciones eran similares: un campamento de superficie aproximadamente rectangular sobre el que se distribuían grandes tiendas de lonas oscuras y con capacidad cada una hasta para seis personas. En sus interiores, numerosas colchonetas amontonadas a los lados para ser dispuestas convenientemente sobre un suelo impermeabilizado por una superficie plástica. Nosotros habíamos trasladado a la que había sido asignada como nuestra tienda las alforjas y demás bultos, o sea, los sacos de dormir, sus respectivos aislantes y la bolsa que guardaba la iglú, además de otros pequeños enseres, mientras que nuestros vehículos pasaron la noche sujetos por una cadena en un bicicletero, muy cerca de la tienda.

La noche anterior, tras extender nuestros aislantes y sacos sobre las colchonetas y antes de entregarnos al sueño, nos dirigimos los tres a la tienda-cocina del campamento para charlar unos minutos sobre algo que especialmente a mí afectaba. Nuestras previsiones habían ido acumulando día a día retrasos, alcanzando una media recorrida diaria muy inferior a la que en principio debía habernos llevado en esa circunstancia a tan sólo un par de etapas de la capital compostelana. Sin duda, la sucesión de adversidades, accidentes y paliza física se habían hecho un hueco demasiado grande en nuestra peregrinación.

No faltaría mucho para la medianoche, aunque todavía se escuchaban algunas voces en el exterior, de conversaciones y algún que otro desvelado, amén de los cantos estivales de la población de insectos allí alojada. Teníamos urgencia en arroparnos en nuestros sacos. Los ojos de mi primo se posaron en los míos para declararme lo que para él era cierto y necesario:

- Debes encontrar a algún grupo que esté reposando esta noche aquí y tenga previsto llegar a Santiago mañana mismo.

Él mismo me presentó una pareja de barceloneses con la que unos minutos antes ya había hablado. Ellos me explicaron su vertiginoso plan que incluía una kilometrada para alcanzar Santiago en poco más de jornada y media. Rechacé amablemente la oferta, confiándome al rodar en solitario y avanzar en función de las necesidades que fueran apareciendo y la conveniencia de seguir o pernoctar, sin exigirse una meta tan hercúlea y al mismo tiempo tan poco estimulante. Quiso el destino que ellos también tuvieran que alterar sus planes para volver a encontrarnos en nuestro pedalear hasta Santiago.

Las referencias que hablaban de la etapa que nos ocupaba nos llegaron ya desde el pueblo de Molinaseca, en un sentido muy alentador.

- Si no fuera por algunos breves repechos más severos podría subir con mi furgoneta en quinta marcha hasta arriba- nos comentó un afable comerciante de aquella localidad leonesa, mientras nos envolvía unos bocadillos.

Esto lo escuchábamos minutos después de restaurar la calma en el nivel interior del líquido de los conductos de nuestros oídos, tras descender por el gigantesco Foncebadón. El descansar nuestra devaluada verticalidad tras experimentar una de las caídas más adrenalíticas que se reservaba el viaje contribuyó a acrecentar la fe en nuestras fuerzas futuras y desmitificar la prometida dureza del gigante gallego. Ignorábamos por entonces la importancia de la acumulación de fatiga muscular, emparentadas a próximos tirones y tendinitis. Aunque según salíamos hacia las ocho de la mañana del pueblo bercés nuestro ritmo era cómodo e incluso rápido. Tras atravesar las últimas calles y atravesar un esbelto y robusto puente de madera nos decidimos por incorporarnos a la ruta asfaltada, aunque el propio camino se deslizaba en todo momento por sus inmediaciones, reproduciendo tramos, curvas y desniveles. Como esperábamos la subida la habíamos iniciado

desde que habíamos dejado atrás el pueblo, planteada como un plano permanentemente inclinado de suave y homogénea pendiente. Nuestro juego de piñones y platos no se alterarían por ajustes ordenados desde nuestras manetas, sino que hicimos opción desde el principio por un desarrollo en partes iguales cómodo y largo. Era la lógica de rodaje que aconsejaba el terreno, como así habíamos contrastado con otros ciclistas durante las charlas vespertinas en la base de acampada.

La brillante y húmeda mañana leonesa iluminaba un vasto paisaje teñido de numerosos verdes, atravesado por pequeños arroyuelos, y exudante de una naturaleza casi infecciosa para los sentidos. Desde la carretera por la que subíamos la vista era una fulguración de vida para nuestras ventanas cerebrales, entreteniéndolo la concentración de nuestro pedaleo, que se hacía casi automático y fluido. Según maduraba la mañana el cielo prometía una complicidad climatológica para nuestros objetivos, excepto para los altos en los que culminaba aquella etapa por tres ocasiones, los cuales aparecían a lo lejos amenazados por espesas y grises formaciones nubosas. El juego de los sentidos no se distraía empero de la exhibición de verdor a nuestra izquierda, donde la comarca se extendía hasta tropezar con los macizos que la separaban de Galicia, última comunidad que recorreríamos en nuestro viaje.

La pareja de asturianos ascendía unida, reproduciendo las piernas de uno el ritmo del pedaleo del otro. Mis piernas en cambio demandaban un ciclo más largo de pedalada y avanzaba algunos centímetros más a cada paso. Encontraba así un rendimiento cómodo en mi cuerpo y no dudé en acoplarme a ese ritmo, así como la carretera lo hacía con su grado de inclinación.

- Marcha a tu ritmo, yo me quedo con ella, - me dijo el asturiano en referencia a su chica, cuando giré hacia atrás mi cabeza a modo de espetación.

Con ello se aseguraba que su compañera no se quedaba a solas durante la subida, como le había ocurrido en el Foncebadón, expuesta, como por otra parte lo estábamos cualquiera de nosotros, a algún desfallecimiento. Para ello la chica bebía metódicamente de la bebida isotónica preparada por nosotros mismos y con la que llenábamos nuestros bidones por las mañanas antes de cada partida, y de vez en cuando algunas pastillas de chocolate, que aportaban la recarga energética. La preocupación era no desfallecer, previniendo las caídas de

fuerzas con una regularidad en los aportes de líquido y calóricos.

Entendida explícita la consigna de avanzar cada uno a su ritmo no me hizo falta alterar la frecuencia de esfuerzo para separarme cada vez un poco más, encontrándome algunos minutos después, ya hacia las once de la mañana, corriendo en solitario un puente a través del que progresaba la ruta. La cima no andaba ya muy lejos desde donde me encontraba, y la altura que había alcanzado permitía dominar parte de los kilómetros inferiores de la carretera, por donde no se adivinaba circular a ningún cicloturista.

El tránsito por aquel lugar era tranquilo, apenas perturbado de vez en cuando por el paso de algún vehículo, si bien cuanto más me acercaba a la cima mayor era la afluencia de automóviles, sobre todo circulando en sentido contrario. El puerto de Piedrafita do Cebreiro no podía estar más allá de cinco o seis kilómetros, quizá todavía una docena de curvas y aún no me había visto obligado a alterar el desarrollo de la piñonería de la bicicleta desde antes de dejar atrás a los asturianos. En un momento, y sin causa aparente, la tensión de los cuádriceps y demás arquitectura muscular sobre la que había descansado la responsabilidad de llegar hasta Galicia se vino abajo y en un santiamén me vi balanceándome, con la barbilla hundida y mis extremidades inferiores contrayéndose mediante espasmos, en un esfuerzo de mantener el equilibrio sobre el vehículo. Accioné de inmediato la maneta de cambios de los piñones y conseguí mi propósito: las piernas parecían poder soportar la nueva y menor exigencia de pedaleo, a pesar de que las fuerzas parecían seguir evaporándose a mi alrededor junto al sudor cutáneo. La boca se había secado en un instante, debatiéndose la lengua en una sequedad desagradable, mientras que la sudoración se me había enfriado; no cabía duda de estar atravesando por una peligrosa crisis conocida entre los ciclistas como "pájara". Atrapé en un solo movimiento mi bidón y lo vacié ávidamente en mis labios, intentando sofocar el incómodo calor que contrastaba con la frialdad que me había invadido. Ni siquiera la comodidad de la subida, instalada en un rodar continuo y no excesivamente exigente, me habían salvado de experimentar un tránsito comprometido. Reconponiendo el gesto, y alzando la vista otra vez hacia donde expiraba la siguiente curva, me cercioré de que el próximo mojón kilométrico distaba ya sólo tres millares de metros hasta la cima. Quizá de haberme sobrevenido con anterioridad el contratiempo me hubiera visto obligado a buscar reposo en el margen de la carretera, pero la cercanía del primer puerto

inyectóme del ánimo suficiente para mantener el ritmo, eso sí más atenuado. Avanzando a esta guisa comenzaron a deslizarse a mi alrededor algunos vahos de niebla, en los que a los pocos segundos me vi completamente envuelto, enturbiando la visibilidad más allá de treinta y pocos metros por delante de mis ojos. Ahora eran los focos de algunos turismos los que adivinaba más allá de esa distancia, hasta que se acercaban a mi altura para pasar como una exhalación. El frío que me sentía se intensificaba ahora por la acumulación de humedad entre la que me encontraba circulando. Sin modificar mi posición sobre mi vehículo deslicé mi brazo hacia atrás, buscando la cremallera exterior de mi alforja. Allí dentro se alojaba una gruesa sudadera reservada para combatir esos bruscos cambios de temperatura, y que una vez atrapada me ajusté mientras conservaba la verticalidad. El regreso de la calidez al tórax estimuló un poco más mi marcha, ya sólo fijada en cubrir sin más contratiempos los últimos metros que me separaban del primer pueblo gallego de nuestro viaje. Entretenido en procurarme abrigo y disminuida la visión con la espesa niebla, debía haber pasado el último hito que marcara los dos últimos kilómetros hasta Piedrafita. Creí adivinar al final de la recta por la que seguía, siempre subiendo, un cartel de circulación, aunque mucho mayor que los de indicación kilométrica. Mis ojos chequearon el circular de mis extremidades, las cuales se dejaban casi llevar únicamente por la inercia del movimiento, y sueltas por la escasa relación de desarrollo que arrastraban. Y al levantar la vista nuevamente el contenido del cartel del lado de la carretera se había hecho bien visible: "Alto de Pedrafita do Cebreiro".

Me levanté como un resorte del sillín, tras girar una vez más el control de cambios e incorporándome sobre los pedales, me lancé a cubrir los metros que me separaban de las primeras casas de aquel pueblo puesto de pie sobre mi vehículo. Y de la misma forma que tampoco me supe explicar por qué cayeron las fuerzas unos minutos antes, mis ojos se humedecieron ante la noticia de llegar a Galicia, señal que inauguraba el principio del final de nuestra peregrinación.

Cuando ya dentro del pueblo me paseaba empujando mi bicicleta, me detuve en respirar bien hondo el aire de la montaña. Luego pasaron más de veinte minutos desde que había ganado el pueblo de Piedrafita y la niebla seguía siendo muy espesa. Intentaba adivinar ala presencia de cualquier pareja de ciclistas que pudiera identificar con mis compañeros y aunque la afluencia de peregrinos en este punto no era muy intensa, dudaba que pudiesen haber pasado ya por el alto sin

detenerse antes de continuar subiendo por el siguiente puerto, el de O Cebreiro. Me dirigí hasta un grupo de romeros a pie quienes llegaban a la altura de la entrada al pueblo para preguntarles si se habían cruzado durante la ascensión con mis colegas. Según la descripción que les di, se refirieron sin vacilar a una pareja de ciclistas que hacía poco más de un cuarto de hora les había adelantado en los últimos dos kilómetros de la subida. Les agradecí la información y tras desearles suerte para el resto de la peregrinación preparé mi montura para retomar la carretera de montaña y justo tras girar una curva junto a la cima del puerto de Piedrafita se levantaban desafiantes las rampas de O Cebreiro. Las severas pendientes no eran tan difíciles como el cansancio acumulado en las piernas tras subir por el largo puerto de la mañana podía hacer temer. Era la lentitud del pedaleo la que castigaba psicológicamente; además uno se estremecía al pensar que se atacaba el segundo puerto en un día en que había que coronar hasta tres. A pesar de la caída de fuerzas y ánimos, pocos kilómetros después avisté la posición donde la pareja asturiana se había detenido a hacer un descanso y tomar unos sorbos de agua. Ellos también estaban pasando naturalmente por las dificultades psicológicas que infligía la alta montaña, con el añadido de no haber hecho un descanso tras coronar Piedrafita. Convencidos que yo había proseguido sin hacer alto alguno, habían colocado el plato más pequeño y pedaleando a esta guisa habían ascendido por los dos colosos del macizo galaico muy despacio pero con seguridad. Cuando llegué a su altura y decidimos continuar vacilamos ante la ausencia de flechas amarillas que nos indicaran por dónde seguir y tomamos un camino descendente que a los pocos minutos se adentraba en un paraje parecía demasiado tupido e infrecuentado, dejando a la evidencia lo equivocado de nuestra decisión. Tuvimos que desandar el camino a pie, llevando las bicicletas a cuestas, con el cuadro apoyado sobre nuestros hombros. El efecto de errar el camino, perdiendo energía y tiempo en cantidades descomunales para regresar tenía como imaginará el lector una incidencia más psicológica que fisiológica. Haciendo acopio de fuerzas y proponiéndonos hacer un alto tan pronto encontrásemos un lugar donde poder tomar algo de alimento, proseguimos la ascensión por O Cebreiro. Con gran satisfacción para nosotros el puerto no era tan largo como el primero y tan pronto alcanzamos unos tramos casi llanos vimos una desviación que llevaba hasta una venta o mesón junto a una tienda donde se hacían sitio una multitud de romeros. Ya en el comedor del restaurante encontramos a nuestro trío de amigos aragonés, madrileño y castellano, aquellos que

habíamos conocido cuando pernoctamos en Sahagún, y que habíamos reencontrado en la base de acampada del Bierzo, estupendamente apostados en una mesa cubierta de asados, ensaladas e ingentes cantidades de grasas, todo acompañado con generosas jarras de cerveza.

Nuestro almuerzo fue menos opíparo, temerosos de no estar sobrados de fuerza para atacar el tercer puerto que aún nos esperaba, el de O Poio. Este sería más breve que los anteriores y lo subimos con prudencia pero sin contratiempos. Volvimos decididos a la carretera antes de que la tarde avanzara demasiado y pedaleamos casi como autómatas, con los músculos tensos y calientes después de muchas horas de esfuerzo.

Hasta la cima del puerto el desnivel seguía alimentando su dificultad, de modo que los últimos metros los subimos sólo con el empuje que proporcionaba el tener a la vista el fin del esfuerzo. Como si echáramos marcha atrás al ocaso, a medida que avanzábamos hacia la cumbre el sol que detrás de los picos del horizonte había comenzado a descender volvía a iluminar nuestros últimos metros de ascensión. Sin duda, acabar la etapa bajo la luz solar reconfortaría nuestro camino y nos proporcionaría una mayor seguridad. Ajustados hasta casi pisar la línea del arcén de la carretera llegamos los tres juntos, como habíamos hecho durante todo este puerto, menos duro que los dos primeros del día pero mucho más agotador. Desviando la mirada hacia la derecha se deleitaba la vista en los verdes y ricamente arbolados valles entre las montañas, deslizándose como suaves y abruptas alfombras de verdor intenso, de donde salían sonidos de pájaros y otros animales, y un aire cada vez más fresco. Al otro lado en cambio, las arcillosas y desnudas paredes de la cima eran ásperas y casi inertes. Los picos que se asomaban al frente y hacia los que el camino se adentraba parecían ser más del tipo arbolado y frondoso que del terreno que estábamos a punto de abandonar.

Las miradas repararon no obstante en un caserón levantado justo a la derecha del punto de la carretera donde comenzaba el descenso del puerto, y en el que mesas y toldos exhibidos en el exterior, y propagandas de refrescos en el dintel de la puerta denunciaban como punto de alto para nuestras resacas gargantas, y repuesto para nuestros bidones de líquido. Andamos hasta la entrada casi paseándonos, con la sensación de que nuestros pies flotasen, sin prisas; la jornada había resultado muy agotadora. El tramo que serpenteaba según el libro de ruta hacia el pueblo gallego de Triacastela ya no

era responsabilidad de la musculatura sino que corría a cargo de la en esta ocasión favorable energía gravitatoria, a través de casi quince kilómetros y del trabajo de las zapatas de los frenos como única oposición a aquélla.

Nos deleitamos largamente en nuestros refrigerios, atendidos por la hostelera y de su hija, cuya atención estaba obsesivamente despierta por nuestros breves y sudados atuendos, unas mallas ajustadas que dejaban descubiertas la casi totalidad de nuestras piernas, y camisetas cortas. Nos solazamos divertidamente en los comentarios que a nuestra compañera de viaje le sugería la devoción de aquélla chica gallega por nuestras piernas, pero a la vez recelosa de la desfachatez de no disimular el interés por someter a examen visual la anatomía de su chico. Era un buen momento para relajar de paso la sacrificada musculatura, incluida por supuesto la facial.

Una vez llenados los bidones con agua y algunos cubos de hielo para conservar su frescor, como generoso ofrecimiento de la simpática camarera, nos apresuramos en afrontar la bajada que nos dejaría en el lugar previsto para pernoctar. En mi curiosidad espeté al de la Pola por la severidad de la pendiente, y si ésta era comparable a la que habíamos encontrado dejando atrás la cruz de Ferro, allá en el Foncebadón.

- Parecida - sentenció escuetamente.

Antes de sentarnos en nuestras cada día más incómodas monturas protegimos nuestros pechos y abdómenes con sendas hojas de periódicos debajo de nuestras camisetas, como ya habíamos hecho en la etapa del Bierzo. El viento vespertino que se había levantado a esa altitud sería muy penetrante y frío bajando a alta velocidad a través de una cortina de aire soplando en nuestra contra. Enseguida el camino se dejaría caer como casi de un precipicio se tratase, avanzando por curvas eso sí lo suficientemente abiertas como para no entrañar a primera vista gran peligro.

Nos dejamos caer sin más, disfrutando del maravilloso paisaje que se nos ofrecía. El puerto por el lado que lo bajábamos se trataba casi de una pared, sin promontorios o colinas a los lados, de forma que nuestro campo de visión se abría sin obstáculos. Y ya estábamos adentrándonos cada vez más en Galicia, más cerca de nuestra meta. Era el momento para paladear un poco casi sin esfuerzo muscular de la que se nos antojaba cercanía a Santiago, como si aguzando la vista pudiésemos adivinar en el horizonte el perfil de las torres

de la catedral, dejando atrás en la memoria accidentes, dificultades y flaquezas. Caíamos ocupando casi todo el carril, bastante próximos entre nosotros al comienzo del descenso, pero para cuando las curvas se convertían en caídas en picado el cicloturista asturiano, apoyando su pectoral en el manillar con los codos hacia atrás y el trasero botando sobre el sillín, se destacó mientras gritaba como última referencia:

- ¡A sesenta y ocho por hora! - exclamaba tras consultar el velocímetro digital del que estaba provisto su bicicleta.

Y la velocidad no había comenzado sino a aumentar, como así lo delataba al oído el incipiente zumbido del ventarrón cortando el girar de los tubulares. La prudencia aconsejaba no exceder el paso, que se veía acelerado por las pesadas cargas que transportábamos en la parte trasera. Comencé a apretar ligeramente las manetas de los frenos, reduciendo la marcha antes de entrar en una curva, que comenzaban a cerrarse cada vez más. Una nueva recta, amplia y larga esta vez, pero que se torcía cerradamente hacia la derecha allá abajo, y mi vehículo entraba afectado de una inercia incontenible.

No debía de haber más de cien metros hasta tener que girar bruscamente por ese cuasi precipicio antes de que echara fuerte mano a los frenos, a cuya presión las zapatas de la rueda de atrás respondían con un dramático chirrido. Pensé por un instante en atribuirlo a alguna correa suelta de las alforjas, que entorpecía la frenada, o quizás algún objeto descolgado del portabultos, impactando contra el metálico cuadro de la bicicleta. Giré un instante la cabeza hacia atrás: no había nada anómalo. Sin concederle un segundo más a la incertidumbre, volví a apretar más fuerte aún ambas manetas ante la inminencia de la curva de herradura, pero esta vez el zumbido fue más fuerte. Relajé la presión sobre los frenos y a esto el desagradable sonido metálico se redujo; a buen seguro que estaban expirando mis zapatas de freno traseras, aunque habían elegido la que con certeza era la caída más temeraria del camino, junto a la del Foncebadón. Sin embargo el tramo que se avecinaba se hacía espantoso entrando a la velocidad que había tomado mi vehículo, tenía que reducir el paso como fuese. Así parecía hacerlo mi predecesor, describiendo la curva, tras haber aminorado, abriéndose un poco hacia la izquierda. No se había cruzado ningún automóvil hasta el momento, pero aun abriendo el giro hacia un lado la caída no dejaba de producir pánico. Confié

en que los cables y zapatas aguantaran una vez más, e inicié progresivamente la presión sobre las manetas.

Vuelve el chirrido, ahora más intenso, pero aprieto un poco más, ya casi estaba aminorando lo necesario. El ruido se hace sordo y mis manos no encuentran resistencia en las manetas, que quedan libres mientras un chasquido primero y un golpe en mi pantorrilla después se suceden en una fracción de segundo. Me llevo la mano a mi pierna derecha, golpeada por un objeto metálico y, horrorizado, compruebo que son mis frenos los que se pierden saltando por el asfalto. Miro una vez más hacia la parte trasera de la bicicleta y veo la pareja de cables de los frenos, moviéndose libres al viento. Sólo otra fracción de instante para decidir si proporcionarme un impulso para lanzarme fuera de la bicicleta y volver a rodar por los matorrales de una cuneta, o recomponerme y trazar la curva fríamente. Ya estaba metido en ella y no podía hacer uso de la frenada. Hacia delante se abría el precipicio, sin vallas metálicas del que me protegiesen. Es bien conocido el extremado riesgo que supone aminorar con los frenos de una rueda delantera: caso de llegar a bloquearla puede hacer saltar al tripulante por los aires. Me puse en manos de la Providencia, e inicié la curva desplazándome completamente hacia el carril contrario mientras inclinaba mi cuerpo hacia el suelo, guiado en todo momento por unas manos asidas como soldadura al manillar. Salí airoso de la curva para comprobar que de nuevo se extendía en picado una larguísima recta, con una zona de rellano a lo lejos. Decidí detener la caída por todos los medios: ora zigzagueando, aprovechando la ausencia de tráfico, ora arrastrando las suelas de las zapatillas. Para fortuna mía a la izquierda corría fuera de la calzada un breve arcén de arenilla y piedras, aunque sin ninguna protección que se interpusiese entre la carretera y el abismo. Alargué el zigzag hacia ese lado y puse ambos pies en fricción con el piso. El efecto fue inmediato y conseguí reducir el impulso, para aprovechar la primera bocanada de aire puro que conseguí inhalar durante la taquicardia a la que me había llevado la pérdida de frenos. Aún avanzaba a alta velocidad, pero vive Dios que a ese ritmo las cosas volvían bajo control. Escuché una voz detrás de mí, era mi compañera interesándose por tan singular estilo de bajada:

-¡Voy sin frenos! - le grité mientras se alejaba de mí a toda velocidad. Me captó enseguida pues la vi aminorar algo más adelante, tiempo que me llevó tomar definitivamente el control de la bajada. Ya podía hacer uso del freno delantero, y volví a meterme en el sendero empedrado de la izquierda para hacer detener mi malograda bicicleta. Me detuve.

Me eché abajo, dejé recostada la bicicleta y tomé dos largas bocanadas de aire. Deslicé mi guante sobre mi frente para secarla del copioso sudor que me había bañado, en apenas la mitad de lo que me hizo sudar en la ascensión, y me puse en cuclillas para evaluar los daños.

Mi compañera de viaje no había tenido mayores problemas para frenar su caída y retrocedió hasta el lugar donde yo me había detenido, después de haber informado igualmente por medio de gritos a nuestro tercer colega de lo acaecido.

- ¿Estás bien?, se preocupó la primera en llegar
- Creo que podré seguir, pero mira esto- le invité a examinar el lugar que indicaba mi dedo.

El lugar del cuadro donde se fija mediante soldadura un bastión, que a su vez sostiene el vástago metálico de la zapata había sido arrancado de cuajo, dejando a la luz el orificio en el cuadro. Simplemente, lo único que quedaba de los frenos era el cable metálico, sujetando la segunda zapata de plástico con su correspondiente bastión. La avería no tenía solución de urgencia alguna. Así lo reconoció el de la Pola de Lena cuando regresó hasta nosotros, no había más solución que bajar controlando la velocidad y limitando el uso del freno delantero en la medida de lo imprescindible. Y el tramo completado no suponía todavía ni la mitad de la totalidad del descenso, es decir, poco menos de siete kilómetros. Me fue aconsejada por mis compañeros la debida prudencia para el caso, observación redundante a todas luces. El disco solar se había ocultado detrás de los picos de la sierra del oeste, y pese a que todavía la visibilidad era suficiente no era menos predecible que la situación no permitía más divagaciones. Volvieron a lanzarse en picado los dos cicloturistas asturianos mientras este andaluz según ganaba impulso tenía que saltar con los pies en el asfaltado y hacer zigzags, hasta volver a controlar el ritmo. Lo que estaba previsto como parte del recorrido que habría sido cubierto casi sin esfuerzo, a modo de relajo tras rematar tres puertos secos un mismo día se había tornado en una inquietud y molestia para el rodar. En cualquier caso, la pendiente del trazado se moderaba conforme avanzaba el descenso, dejando de aparecer también las peligrosas curvas de herradura.

Todavía la claridad cubría el pueblo de Lugo que acogería nuestro sueño, cuando llegué a la altura de mis colegas, quienes esperaban tranquilos mi llegada hacía algunos minutos.

El orden que establecimos fue dejar los equipos en el albergue, tras comprobar la disponibilidad de alojamiento, para marchar sin perder ni un minuto, dado lo avanzado de la tarde, en busca de un taller de reparaciones para bicicletas.

El aspecto del albergue de la localidad, que estaba al pie de la carretera por la que una vez más había rodado de forma tan peligrosa, y fuera del casco urbano de aquélla, era espléndido: un extenso jardín ofrecía una blanda y húmeda alfombra a los pies de los viajeros delante de dos edificios modernos de varias plantas dotados de numerosas ventanas y un tejado a dos aguas remataban un ensayo actualizado del estilo autóctono. Pero a medida que nos acercamos comprobamos que las modernas instalaciones estaban del todo sobreutilizadas; dentro del recinto, por los pasillos del albergue se extendían sacos, aislantes y equipajes de numerosos peregrinos dispuestos a pernoctar en aquellos suelos, ante la saturación de tránsito acumulado aquel día. Sin problemas para estos decididos viajeros, sacamos una vez más nuestra iglú y volvimos a desplegar nuestro pequeño campamento en la parte trasera a cobijo de uno de los edificios. Gracias al hábito adquirido dispusimos todo en poco tiempo, con lo que decidimos ir a buscar un taller de reparaciones para intentar poner en orden el estropicio causado por los excesos de velocidad en los frenos de mi montura. Al cuidado de nuestros efectos se encargó la chica, mientras nos adentramos en el pueblo a la búsqueda de un cartel luminoso que ofreciera algo tan frecuente extendido a lo largo de la ruta: el servicio al peregrino y a sus necesidades, dejando a juicio del lector discernir si éstas son satisfechas para magnífico provecho del prestador de servicios o en cambio para garantizar la integridad y satisfacción del sufrido peregrino. Sea como fuere, aquella tarde nos atendió en un taller de bicicletas un mecánico quien nos comunicó el temido y desalentador parte técnico: la avería precisaba dejar la bicicleta en el taller al menos un día para soldar al cuadro un nuevo bastión que sujetara unos por supuesto también nuevos juegos de zapatas. Mención aparte del coste de la reparación, que podía casi igualar la adquisición de un nuevo artefacto de similar calidad. Resolvimos aceptar en conjunto lo que sería asumir en solitario la responsabilidad de intentar llegar a Santiago con un solo juego de zapatas. El mecánico ajustó los frenos delanteros para asegurar una frenada segura sin que llegara a bloquear las ruedas por completo. La idea de hacer más de ciento treinta kilómetros en solitario en esas condiciones no era sosegadora, pero invoqué toda la protección de los cielos para la fortuna de nuestra peregrinación y volvimos al albergue.

Salida de Triacastela.

Los brazos de la constelación de Orión se asomaban por encima de las elevaciones que habíamos salvado unas horas antes, mientras que unos halos nubosos clareados, iluminados por la refracción de los aún invisibles rayos del sol en la atmósfera, anunciaban los últimos minutos de aquella noche de agosto. El aire era muy húmedo, no en vano estábamos a unos pocos metros de un riachuelo que corría por detrás del complejo que conformaba el albergue de peregrinos. Tras comprobar todas estas señales del cielo que deberían auspiciar mi jornada de rodaje en solitario, regresé al interior de la iglú, donde encontré a mi compañero de aventuras también activo, plegando su saco y rebuscando en las alforjas los útiles con los que preparar el desayuno. Nos ajustamos las indumentarias, y sobre ellas unas gruesas sudaderas para protegernos del frío del alba. Procuramos no hacer demasiado ruido para improvisar nuestra pequeña cocina de gas, en tanto la chica seguía soñolienta.

Aún no eran las seis de la mañana cuando el asturiano propietario de la cocina portátil consiguió que ésta comenzase a quemar su combustible, tras secar las piezas una y otra vez de la humedad de la rociada. En algunos minutos más de lo que nos llevaba de costumbre logramos que humearan un par de tazas de leche en polvo, que engordamos con cacao y muesli. Y allí mismo, debajo de un techado que nos separaba del sueño de otros muchos peregrinos despachamos nuestro desayuno. Hablando, casi susurrando, compartimos nuestros últimos momentos de viaje en compañía recordándonos lo que quedaba por delante, las inquietudes que nacían del precario estado de mi vehículo, prácticamente privado de frenos, sobre lo cual redundaban una y otra vez los consejos de prudencia. Cuanto menos me demorase en la partida, mayor seguridad ganaría, toda vez que a esas horas el tráfico en la carretera, la cual elegí por rapidez, era casi nulo. A pesar de esto nos deleitamos en el momento, recordando las experiencias pasadas, y los kilómetros que llevaban nuestras piernas. Después recogimos la improvisada cocina, dejando únicamente lo que necesitaría la tercera compañera para su desayuno.

Cargué una vez más sobre el portabultos posterior las alforjas sobre las que alojé saco y demás avíos, para

abrazarlos firmemente con el pulpo elástico. Repasé, como si con ello pudiese ganar algo más de confianza, el funcionamiento de la última maneta que me quedaba útil. Ésta había sido ajustada con dureza, de modo que lograba una frenada rápida, bloqueando la rueda delantera. Y en esto es donde también residía un problema: su uso sólo debía ser reducido hasta lo imprescindible. Me volví hacia mi compañero y nos abrazamos.

- La próxima hasta Jerusalén, ¿eh?- le dije en recuerdo de la idea que tuvo en el Foncebadón, con lo que se le dibujó una larga sonrisa.

Cuando me disponía sobre mi montura metálica, Raitán me aconsejó por última vez que andara con mucho cuidado.

- Procura ir a un ritmo constante, y saltar del camino a la carretera o de la carretera al camino cuando encuentres grandes desniveles en alguno. Y no dejes de protegerte la cabeza del sol.
- Confío en que al menos la mayor parte de lo que queda sea plano, según hemos oído.
- No te preocupes, sólo tienes que rodar algo más de ciento diez kilómetros- se aventuró a calcular. Ten cuidado.

Tanta preocupación no era necesaria; ya llevaba el miedo recorriéndome el espinazo en forma de escalofríos desde que perdiera los frenos en el Poio. Además opté por tomar el trazado de la carretera nacional para avanzar con mayor celeridad, con gran disgusto por mi parte al verme privado de la visita a la localidad de Samos, punto emblemático de la ruta y albergue de un santuario sin par.

Y no tardé más en alejarme del albergue de Triacastela, subiendo por la breve pradera que servía de alfombra de bienvenida al edificio, pedaleando entre algunos de los peregrinos que ya se preparaban para la jornada, por un sendero que desembocaba en la carretera. A medida que salía del pueblo algunos vahos de niebla volvían a deslizarse cada vez más cerca del suelo, hasta que en muy pocos minutos me veía rodeado de un manto neblinoso que, sin llegar a ser espeso, reducía con mucho mi visibilidad, y quizá peor aún, me hacía menos visible para los fugaces vehículos que me cruzaba. Me detuve en la cuneta y abrí un bolsillo de la alforja, buscando el impermeable amarillo reflectante del que hasta el momento sólo había tenido necesidad la mañana del chaparrón a la salida de Tardajos. Y al ajustármelo tuve que

desenvolver también la capucha para protegerme de algunas gotas de agua que comenzaban a precipitarse.

Ya estaba por fin en marcha, adaptándome a un circular cómodo y rápido a la vez, por una carretera casi llana, pero que no terminaba de encontrar curvas a ambos lados. La mañana clareaba a través del manto de niebla y seguía pedaleando solo por aquella carretera, descontando los kilómetros según dejaba atrás los hitos, pocos menos de ciento veinte hacia las siete y media de la mañana, o sea, estaba muy próximo a Sarria.

Ya dentro del pueblo, rodando por la vía principal, no encontré mayor actividad que la que me había cruzado hasta ese punto. Los comercios estaban cerrados, salvo quizás alguno que había levantado un poco sus verjas metálicas, en donde alguien detrás preparaba el trabajo. Según torcí en la dirección que me conducían las señales, reparé en una pequeña cafetería donde algunos madrugadores se abrigaban del húmedo frío. A pesar de haber cumplido con la primera provisión energética, la agradable idea de ingerir algo caliente me condujo hasta la puerta, donde dejé apoyado mi vehículo. El calor del local y el tazón que me fue servido fueron el despertar de muchos de los músculos que parecían escondidos ante la frialdad y el esfuerzo.

De nuevo sobre los pedales me dirigí, con un sol aún frío ahora como compañero, hacia la villa de Barbadelo, adentrándome esta vez por el sendero de los peregrinos. Una vez llegado al punto, y tras seguir por el camino hacia un pequeño puente colgante en cuyo margen se habían detenido dos peregrinos, hice un alto. Nos saludamos y enseguida me expresaron sus malestares:

- Fíjate, qué asco damos. No lo puedo creer. Aquí utilizan el camino para sacar a pasear el ganado. Llevamos toda la mañana rodando sobre barro y mierda de cabra que se nos está incrustando en las bicis y en las pantorrillas, ¡mira!

En efecto las piernas de la pareja de cicloturistas, moteadas una y otra vez por aquella pasta de la que estaba sembrada el camino, daban lástima. Y también comencé a convencerme de la necesidad de volver a rodar por el duro pero higiénico asfalto. Mientras intentaban arreglar su aspecto al menos por encima con un trapo, seguimos con las presentaciones. Mis interlocutores venían desde Valencia a hacer el camino durante los quince días que habían recibido de vacaciones por

la empresa. ¡Qué disparidad de motivaciones las que llevaban a gente tan variopinta a encontrarse en el camino!

- Esta noche pararemos en alguno de los albergues de los pueblos próximos a Santiago, para llegar mañana. Pasaremos el fin de semana allí, - hablaba uno de ellos.

Sin querer demorarnos más, nos estrechamos las manos de nuevo y nos despedimos deseándonos toda suerte de venturas y satisfacciones para alcanzar la capital compostelana. Ellos cruzaron el puente, y yo avancé hacia la carretera, que se levantaba en ligera pendiente, como primer indicio de los toboganes que se escondían en los próximos metros. Al menos me hice creer a mí mismo que serían sólo toboganes los que tendría que enfrentar. Los indicativos de tráfico avisaban de curvas cerradas y limitaban la velocidad, lo cual no me preocupaba sino en la medida en que delataban la peligrosidad del trazado. Las bajadas se hacían cada vez más pronunciadas, y a pesar de la compensación de la inercia que imponía la siguiente subida, éstas eran sucesivamente más llanas, con lo que iba aumentando mi velocidad. Todavía no había hecho uso de los frenos, pero según salí de una curva me enfrenté a una recta que exhibía una limitación de velocidad de hasta treinta kilómetros por hora. El trazado de la recta se había hecho hueco en una ladera, donde giraba hacia la derecha en un ángulo recto. Hice llegar al cielo una rápida plegaria con los labios apretados y volví a experimentar las sensaciones que me invadieron recién entrado en Lugo.

Mas tarde encontré en el camino una señalización de un particular que ofrecía comidas a los peregrinos en la cocina de su casa. Falto de indicaciones de albergues o tiendas de alimentación donde hacer el almuerzo resolví sin más entrar en aquella hacienda donde fui recibido por la dueña de la casa, quien me ofreció refrigerios de todo tipo. En el comedor de su casa terminaban sus almuerzos una pareja de cicloturistas centroeuropeos y me senté cerca de ellos para dar buena cuenta de la merecida comida que aquella familia gallega preparaba al lado de sus tareas diarias.

Cuando finalizaba la tarde llegué al final de la penúltima etapa según el *Códex Calixtinus*, Pala de rei, que pese a su excelente aspecto y a su magnífico albergue de peregrinos no me convenció para detenerme y hacer la última noche antes de llegar a Santiago.

Así que avanzando unos quince kilómetros más avisté Melide, localidad igualmente bien cuidada para los ojos del

extranjero y conseguí una plaza en su excelente y moderno albergue.

Sólo media jornada me separaba de mi meta: Santiago.

El Camino y lo mágico: el Camino interior

Mi reloj despertador me hizo abrir los ojos al primer pitido, atento como ya estaba desde hacía algunos minutos a la llegada de la mañana. Eran las seis en punto y aún estaba oscuro. Deslicé despacio las sábanas, procurando hacer el menor ruido. No tardé en incorporarme y en el silencio de las estancias y desplazándome con el paso amortiguado y silencioso de los calcetines me dirigí a los aseos del albergue, hacia donde también se acercaban las sombras de otros peregrinos que iban a comenzar sus últimos kilómetros de la ruta jacobea. Me encontraba en Melide, a poco menos de media jornada de bicicleta de la capital compostelana.

La villa era grande y acogedora, y decidí hacer allí el alto la tarde anterior tras comprobar la merma en mis fuerzas, y siguiendo la prudencia que mi situación de individualidad me aconsejaba. Lo acogedor de las instalaciones que el albergue disponía para los numerosos peregrinos que allí suelen hacer noche acabó por convencerme y tras alojar mi vehículo en una especie de cuadras habilitadas al efecto, dispuestas en la parte trasera del albergue, tomé una litera en uno de los dormitorios donde se agolpaba animadamente una decena de peregrinos. Mientras hacía inventario de mi equipaje y ordenaba mis utensilios al pie de la litera advertí de un fugaz golpe de vista que uno de los compañeros de la habitación hojeaba un libro sobre el camino. No tardé en presentarme para entrelazar de inmediato una breve conversación sobre el esoterismo, las fuerzas telúricas y el magnetismo de Gaia que se hacían sentir a lo largo de la ruta, las cuales eran precisamente el objeto de la obra que interesado embebía a mi interlocutor. Agradado por la complicidad de nuestros pareceres me ofreció gustoso su libro para que lo hojeara durante la noche y ampliara mis conocimientos, aunque yo estaba más vivamente interesado en conocer sus propias y particulares convicciones.

Ya a través de uno de los libros que guardaba mi compañero de viaje en sus alforjas, y del que él leía algunos fragmentos por las noches después de las cenas, había participado de las

teorías mágicas que acompañaron no sólo el caminar de tantos viajeros durante siglos en la convicción de sus credos o en la atracción indefinida de otros, sino también a algunos ilustres arquitectos como Gaudí o más modestos constructores que han dejado sus huellas en puentes, capiteles de columnas, santuarios, edificios civiles o tantas otras pequeñas construcciones que pululan sigilosamente por el recorrido. Pequeñísimas iglesias, ermitas de barro y piedras, firmemente agarradas a la tierra y hechas una prolongación de ésta como pequeñas tumoraciones del suelo que aparecen para concentrar en una pequeña fracción un torrente de energía emergente desde la profundidad.

Ya en San Martín de Frómista las serpientes retorcidas de algunos capiteles de la nave del evangelio venían a inundar de una atmósfera excitante y a la vez chocante un lugar en principio sobrio e íntimo que debía invitar al visitante hacia el recogimiento. La tensión que inyectan estas escenas casi diabólicas entre el ambiente monástico de unas piedras regulares y blancas, y una claridad igualmente transparente filtrada desde las troneras provocan una convulsión inexplicable para el extranjero inadvertido. La violación de este recogimiento es sólo aceptable cuando se acude a la fuente de esta lluvia de magnetismo que salta desde los capiteles: las corrientes telúricas de la madre tierra. Los sabios arquitectos de las construcciones que salpican las tierras por las que discurre el camino, en la certidumbre de la localización de algunos puntos de máxima afluencia de magnetismo, escogieron en ellos las bases de sus construcciones. Durante nuestro paso por algunos de estos lugares que apuntaba el manual de Raitán procuramos sintonizar nuestra sensibilidad perceptiva y emocional de alguna manera, aunque como la de la Felguera me reconoció alguna vez nuestra sensibilidad había ido menguado, tanto más cuanto más cerca de las piernas intentáramos notarla. Esto había sido tanto más cierto tras nuestros respectivos accidentes, aunque ella fue quien mejor suerte llevó. Yo le sugerí que no era ésa la sensibilidad que necesitábamos para notar los efectos telúricos.

Intentando dejar aparte la discusión sobre la naturaleza de estos fenómenos y nuestros problemas de carencia de sensibilidad, y si estos realmente pueden ser considerados como tales, parece que aquélla puede ser una buena explicación para la atracción de la que efectivamente hablan tantos que han pasado por alguno de ellos, o la propia magia que personalmente se percibe afluir sobre la ruta. La emoción que puede despertar una marcha por un sendero que cruza por

cientos de kilómetros extensas llanuras, pasos angostos o puertos secos por lo paisajístico; la atracción que surge por rehacer unos pasos insistidos una y millones de veces por viajeros de toda procedencia y de todas las épocas del occidente cristiano, ya sea por una voluntad espiritual o el ansia de conocimientos y experiencias de diversas naturalezas pueden explicar la suma de motivaciones de una masa de peregrinos pero es insuficiente para arrastrar un flujo de emociones más allá del espacio y tiempo actuales o pasados, sino que penetran el futuro en una corriente inexorable de espiritualidad. Líderes históricos de la espiritualidad de los pueblos como Buda, Jesucristo o Mahoma han trascendido la historia para motivar compromisos personales, pasiones humanas o llenar el espacio dejado por carencias vitales y así encauzar una corriente de energías inigualable a cualquier otra producción humana. Durante la peregrinación mis compañeros y yo sentimos de alguna manera que la referencia personal que atesora un líder espiritual para atraer y desplazar los ánimos populares lo guarda de una manera parecida, y en algún sitio escondido e impersonal, el Camino de Santiago. De ella parece comulgar la corriente de energía telúrica que emana de ese ser vivo que una teoría defiende con el nombre de Gaia, y propuesta por J. E. Lovelock. Una teoría que enlaza con los conocimientos de esotéricos e iniciados que pusieron sus manos y sus conocimientos en las construcciones del camino, con lo que parece venir a confirmarles de alguna manera.

Ya en la propia ciudad de Santiago el impulso parece cegado u oculto por otras corrientes de tensiones y masas opacas que se interponen entre el peregrino adiestrado en la sensación y buscador intuitivo del magnetismo, y las propias energías que emanan desde el suelo y de la propia historia. Es el montaje comercial, el negocio turístico o la parafernalia del rito católico, o el propio peso del cemento los que se suman para que, en lugar de permitir encontrar el aire más fresco en la cúspide de esa ascensión del camino y henchidos de alegría por alcanzar la puerta del Obradoiro, se produzca a la llegada una sensación de indiferencia y vulgaridad como en cualquier otra metrópoli, con el agravante de que Santiago sí es punto final de una ruta de peregrinación para miles de personas todos los años. Parece que la ciudad no se interese a este respecto más que en lo que se trate del negocio turístico o la jerarquía eclesiástica en ofrecer actos religiosos más cercanos a espectáculos para masas que a ofrecer refugio espiritual.

Intento con esto referirme a ese camino de acumulación interior que se agranda a cada paso y se enriquece por días y que se antoja va a ser grandioso a la llegada del último hito de la ruta, en la catedral compostelana. Parece como si el soufflé se hundiese tras un horneado demasiado intenso. A este pesar el peregrino no se deja llevar por la decepción y vuelve los ojos al propio camino, el que se anda dentro y se ha allanado en la convicción de que como rezaba escrito por algún paso de la subida al Foncebadón la meta no es llegar hasta Santiago, sino que el propio camino es la meta.

Enfrascado en la lectura de la hipótesis Gaia y sus influencias en las cubiertas de mi bicicleta o en los corazones de los peregrinos más receptivos pasé la tarde de aquel jueves, penúltimo día de mi peregrinación, recostado sobre mi litera mientras el ajetreo de los peregrinos disminuía a medida que estos salían a pasear o cenar, o ya definitivamente a descansar tras haber ordenado sus equipajes. La procedencia de los peregrinos que me acompañaron en mi última parada era diversa: abundaban empero los madrileños y castellanoleonese que emprendían una ruta más corta pero igualmente entusiasta, condicionados por la impuesta brevedad de sus vacaciones.

El peregrino de la litera opuesta a la mía, quien me había cedido generosamente el libro, acusaba un marcado acento sudamericano que exhibía con orgullo, para completar una compañía multinacional en cuya representación predominaban los franceses del sur, y en menor proporción los anglosajones.

Tras repasar ávidamente por los pasajes que se me antojaban más interesantes de la obra, y pasando por encima comentarios de supuestas conexiones ufológicas y extraterrestres que se me antojaron más prescindibles reparé en la conveniencia de aprovisionarme del desayuno para los que serían mis últimos kilómetros hasta Santiago, y dar buena cuenta de la cena.

En esta ocasión y por ser la última parada para hacer noche e igualmente poniendo la vista en la escasa distancia que restaba de esfuerzo para culminar, alrededor de cincuenta kilómetros, mis meninges se fijaron obsesivamente en las peptonas de una hamburguesa con queso y demás aditamento que apenas sí tenían tiempo para hacer bulto en mi boca, y en el refrescante y nunca mejor saboreada y generosa jarra de cerveza. Mientras acababa mi cena en la barra del bar ojeé un periódico local y pude compartir un rato entre aquellos gallegos, quienes conversaban animadamente apoyados en la barra.

Una vez satisfecha la deuda con mi bien ganado autohomenaje y el desquite con el sinfín de privaciones coleccionadas durante el camino, encaminé mis pasos hacia el albergue, acarreando algunas bolsas que contenían mis próximos aportes calóricos, para la jornada que debería hacerme alcanzar felizmente Santiago, y de las que me había aprovisionado durante la tarde en alguna tienda de comestibles durante mi paseo por Melide. De vuelta al albergue sólo tuve que prepararme para acostarme y dejé sobre las sábanas de la litera de mi compañero de habitación el libro que había estado leyendo, ya que con seguridad él no debía haber regresado aún de su paseo.

Fue para el desayuno cuando hice mayor acopio de energías, pronto en la mañana como ya dije, e hice buen uso del sobre de Muesli que Raitán me había cedido la mañana anterior cuando me despedí de ellos en Triacastela. A buen seguro que olvidé la frugalidad y despaché también un par de piezas de fruta y algunas galletas. No había mucho tiempo que perder aunque aún no hubiera transcurrido ni media hora sobre las seis ya que el sol del alba nacería en poco menos de veinte minutos, para ir caldeando lo que iba a ser una jornada muy calurosa según los partes meteorológicos y la propia pureza que exhibía el azul aún oscuro y estrellado del cielo gallego.

Saqué la bicicleta de las que a mi se me antojaban como caballerizas, y procedí por última vez con el ritual de ajustar en el portabultos las cremalleras y velcros de las alforjas. Empecé la marcha antes del amanecer con un preocupante cansancio muscular, aunque la proximidad a Santiago y el reducido kilometraje que debía salvar era tan reducido en comparación con la marcha de días anteriores que el propio sentido común aconsejaba un ritmo relajado, aunque continuado para hacer compañía a una mente fría. Mi objetivo era alcanzar la capital gallega hacia las diez y media de la mañana y así poder asistir a la misa de Peregrinos que diariamente se oficiaba una hora antes del mediodía. Esto reducía mi margen a unas cuatro horas para pedalear hasta Santiago, a un ritmo de poco menos de quince kilómetros por hora. Esto se dejaría sentir en los temores que circulaban por mi cabeza cuando comencé a notar unos pinchazos constantes en el hueco poplíteo de mi pierna derecha, señal inequívoca de comienzo de tendinitis a causa de un pedaleo irregular, y que ya algunos días atrás había tenido en guardia al de la Pola. Mi preocupación me hacía desesperar por momentos, e intenté buscar la mejor vía para mi ruta: el propio camino no era excesivamente sinuoso aunque sí muy

irregular al contrario que la autovía, espléndida para el rodar de unos neumáticos de bicicleta de carreras pero no de montaña, amén de unos sofocantes y continuos toboganes. Escogí el camino, por donde durante algunos minutos no encontré grandes obstáculos, habida cuenta de la ausencia de precipitaciones en los últimos días y la presencia de tierra batida que, aunque no llegaba a conformar una pista, sí era un firme cómodo que permitía en ocasiones incluso disminuir algún diente a la piñonería del desarrollo de la bicicleta. La senda se internaba entre matorrales y arboleda en ocasiones cerrada, la cual permitía el paso débilmente a los primeros rayos del sol que brilló aquel tórrido veintidós de agosto sobre Galicia. Sin llegar a ser un paisaje demasiado frondoso ni la anchura de la senda muy sobrada, la conducción no se hacía difícil toda vez que el suelo estaba despejado y firmemente asentado y compactado por el continuo discurrir de una mayor cantidad de viajeros que diariamente debían salvar la última etapa hasta la ciudad de Santiago.

Convencido de la comodidad de la ruta y ante la ausencia de continuos desniveles y toda vez que cuando estos aparecían picaban hacia abajo, me levanté sobre mi vehículo y apreté firmemente la marcha olvidando por algunos instantes las precariedades de mis fuerzas y los avisos de calambres. A todo esto, las heridas de mis antebrazos habían terminado de cicatrizar y sólo unas manchas oscuras en el lugar que antes ocupaban las aparatosas postillas podían recordar las huellas del accidente en Belorado. Igualmente los incómodos tirones que me habían acompañado durante los días posteriores al percance, y que me impedían la flexibilidad de los movimientos de la piel que recubre las articulaciones habían desaparecido, con lo que podía manejar con soltura un manillar en cimbreo continuo por un suelo que no fuera el del asfalto. Esta circunstancia me animó para poder disfrutar del recorrido a través de lo que es la propia ruta jacobea y poder abandonar definitivamente el rodar por la firme pero insegura y, claro es, fea autovía. Los días como los de nuestra llegada a Burgos o la jornada hasta León habían sido rápidos y cómodos para las contusiones y magulladuras cutáneas en mi caso, y para los esguinces y torceduras en el de Raitán, pero la pérdida de emoción y contacto con el camino mermaban el encanto y el propio disfrute de la peregrinación. El arraigo de la ruta por las pequeñas aldeas y el vivir de unas gentes entregado al servicio al extranjero como rezumaba el camino por Molinaseca, Rabanal del Camino o la minúscula El Ganso, entre León y Galicia a través de la comarca del Bierzo o como experimentamos directamente en Burgos; o como seguiría encontrando por pequeños pueblos de

Lugo, como una extremidad humana del polvo del suelo, en el sentido más estricto de hijos de un camino y una forma de vida. Todo esto volvía a sentirlo como una inyección de ilusión en mi mente por volver a saborear de esa extraña y a la vez familiar presencia alrededor mía.

Las piedras y la tierra del suelo se mezclaban con excrementos del ganado que habitualmente suele utilizar el camino como vía pecuaria por esta región como ya había comprobado el día anterior, el primero de mi esfuerzo en solitario, cuando conocí a la salida de Portomarín a los dos jóvenes valencianos que aprovechaban sus vacaciones para hacer el camino como una nueva aventura más de bicicleta de montaña. El estado deplorable de sus pantorrillas, embadurnadas de barro y excrementos de cabras, inevitable según ellos por el rodar sin suplementos sobre las ruedas a modo de guardabarros, fue la excusa que nos condujo a detenernos unos minutos y presentarnos. La confluencia de nuestros objetivos, de otra parte, haría que nos volviéramos a encontrar en muy poco tiempo.

Hacia las nueve de la mañana hice un ligero alto para bajarme de la bicicleta y contemplar la exuberancia de la visión que se me ofrecía a los ojos: un aire fresco filtrado entre pequeños arbustos a ambos lados del camino se mezclaba con intensos haces de luz solar abrasadora para la piel desnuda, pero suavizada por la humedad suspendida entre la vegetación. Algunos helechos pequeños se estremecían al paso de la brisa y por encima de mi cabeza las copas de algunos árboles casi impedían distinguir el azul radiante y limpio de la bóveda. En este punto estaba solo y saqué de las alforjas mi cámara de fotos para intentar atrapar ese momento, repasando por algunos segundos en mi mente los últimos días vividos y consciente de estar completando las últimas horas de mi peregrinación. En cuclillas, ajusté el objetivo enfocando en un primer plano el tubular de la rueda delantera de mi vehículo enfrenteado con el fondo de vegetación y el sendero que serpenteaba hacia abajo. Los rayos del sol jugaban una y otra vez en la lente del objetivo y el ajuste focal era repetidamente imperfecto.

Cansado por no poder dar con la posición adecuada y pensando en la brevedad de la mañana que amenazaba con deshacerme los planes coloqué el cubreobjetivo y regresé la cámara a su funda, y ésta a las alforjas. Aún no había escarmentado de la ocasión que deseché una espléndida mañana a las afueras de León y donde habíamos hecho noche, cuando desde la posición elevada de la que disfrutábamos se observaba un reguero de

luces blancas y rojas que corrían enfrentadas entre sí en la claridad del horizonte por la autovía a la salida de la capital leonesa, junto a la espadaña de la iglesia del pueblo, que tapaba afanosamente tras su campana los primeros haces de luz de la mañana. La imposibilidad de encuadrar el rosario de luces junto a la torre de la iglesia tras intentar inverosímiles encuadres me hizo abortar el intento, aunque más tarde me reproché haber dejado escapar aunque sólo fuera media estampa de aquella fresca mañana en la ristra de negativos de la cámara.

Cuando abandoné mis pensamientos para comprobar la hora se adueñó de mí la alarma: mis previsiones de velocidad para alcanzar Santiago se habían quedado cortas tras haber acumulado un retraso considerable. Decidí incorporarme a la autovía con la resolución de avanzar el paso teniendo en cuenta la aglomeración de peregrinos que, cuanto más avanzaba la ruta hacia su culmen, congestionaba el paso en algunos momentos. Pocos minutos después de las nueve y cuarto ya me encontraba salvando los primeros toboganes sobre los que descansaba el asfalto de la carretera. En un primer momento la sucesión de continuas subidas y bajadas se hacía llevadera gracias a la amplitud de los tramos y también a la celosa provisión de inercia que intentaba aprovechar al máximo en las partes de descenso. En esos momentos recordé los comentarios de los peregrinos que habían estado charlando durante la noche, en el salón del albergue de Melide, y haciendo caso de la información proporcionada por los libros de ruta, de la facilidad que presentaba el recorrido hasta la capital compostelana. Los toboganes de la carretera debían ser ciertamente suaves para motores de gran caballaje desarrollando su quinta marcha pero no para músculos castigados por cientos de kilómetros, y alguna que otra tribulación.

A la par que ascendía ora por agotadoras rampas, empinadas aunque breves, ora agolpando mi peso sobre el manillar para alimentar mi impulso cinético en los descensos, procuraba no perder la vista sobre el discurrir paralelo del camino, que pasaba junto a la carretera, incluso atravesándola en algún momento. Reparé en el súbito cambio que presentaba por algunos tramos, atreviéndose a salvar algunas cuestas que obligarían al peregrino a bicicleta colgar su vehículo sobre su hombro y superar los desniveles forzosamente a pie. Esto no debía ser tan violento como suele ocurrir en otros accidentes del camino, como en el alto de O Poio, el tercer puerto consecutivo de la primera etapa en Galicia o con menor frecuencia en el Foncebadón, pero lo inesperado de la dureza

y el punto de fatiga acumulada para algunos podían propiciar esta escena, o cuando menos así se me antojó durante el pedaleo. Durante la subida por uno de estos toboganes volvió a resentirse fuertemente mi pierna del conato de tendinitis y me vi obligado a reducir drásticamente la marcha.

La Llegada.

La mañana estaba ya muy cerca de ser mediodía. El incesante y cada vez más intenso calor no ayudaban a mantener las fuerzas, muy mermadas, y aquejadas de pequeños tirones y pinchazos en las piernas, sobre todo cuando la pista volvía a mirar hacia arriba. Rodaba en solitario por el asfalto entrando en los últimos kilómetros antes de llegar a Santiago, y ésta era el pensamiento que me animaba en los numerosos repechos para levantarme sobre mi montura y acelerar mi ritmo.

Durante toda la mañana el tráfico había ido incrementándose, y a esta hora la circulación era una compañía numerosa, siempre peligrosa e incómoda. El ansiado Monte Do Gozo debía estar ya muy cerca, y desde él hasta ganar Santiago el trazado debía caer en una pendiente más o menos pronunciada, algo que por un lado podía aliviar la fatiga pero sumarse como un componente peligroso al poner a prueba la resistencia del último freno que le quedaba a la bicicleta.

Tras salir de un ligero descenso una estación de servicio se encontraba en el margen derecho de la carretera, e invitaba al alto para hacer provisión de agua y relajar la musculatura por algunos minutos. Entrando en la pequeña explanada donde se encontraba aquella vieja gasolinera se hacían sitio junto al surtidor de agua potable y a los retretes algunos peregrinos junto a sus bicicletas. Alguno revisaba la presión del aire de las ruedas de sus vehículos, otros daban la vuelta hasta el mostrador de la tienda para pedir la llave de unos desvencijados y en exceso frecuentados servicios, pero válidos al fin y al cabo. No por el descuido de los peregrinos se encontraban sucias aquellas instalaciones, estaban más bien desaliñadas por la inexistencia de mantenimiento, o quizá por la falta de atención suficiente ante un tránsito masivo y continuo de exhaustos viajeros. Sentada al filo de un bordillo detrás de uno de los surtidores se limpiaba el rostro con un pañuelo una chica espigada y de pelo rubio, vestida con una equipación de ciclista. A su lado su pareja, en quienes adiviné a la pareja de valencianos que conocimos la noche que pernoctamos en el Bierzo. Él llevaba un pañuelo de lunares, a la guisa de algún personaje de las novelas de Salgari, para proteger su cabeza

desnuda del fuerte sol que nos acompañaba esa mañana. Me tendió la mano con una sonrisa sincera:

- Qué bien que llegaremos juntos a Santiago.

Le estreché la mano recibiendo con alegría su oferta de compañía. La deportiva pareja había hecho un descanso de un día, desacelerando el ritmo que debía haberles llevado a culminar la mañana del día anterior, el jueves 28 de agosto. Parecía lógico y más satisfactorio, siguiendo aquella máxima de no convertir la peregrinación en un tour ciclista. Intercambiamos algunos comentarios antes de ponernos otra vez en marcha, y le mostré al valenciano el estado de la rueda posterior de mi vehículo. Con una sonrisa me dijo que yo iría detrás de ellos dos, para no llegar con demasiada ventaja a los descensos y perderlos de vista rápidamente. Además, consultamos el libro de ruta que llevaban entre sus bártulos para comprobar que hasta el monte Do Gozo no quedaban sino poco más de una docena de kilómetros, y desde allí algo más de cuatro hasta entrar en el término municipal de Santiago de Compostela.

No faltaba decir nada más para terminar de animarnos a lanzarnos por última vez a la carretera y con energías renovadas y ahora en compañía alcanzar el punto final y desde algún punto de vista aunque no en todos, culminante de la ruta jacobea.

El valenciano tomó la guía del trío, elevándose con facilidad por encima de su sillín y balanceándose quizá demasiado sobre sus pedales, pero imprimiéndoles un gran impulso marcaba el ritmo a su pareja y a mí mismo, quienes marchábamos en fila tras aquél. La chica estaba animada de un ritmo que hacía poner a prueba mi conato de tendinitis, o lo que aquel molesto tirón en el interior del hueco poplíteo fuera. Lejos de desaparecer tras el bienvenido descanso, al haberse enfriado volvía a hacerse notar con mayor agudeza. Pero el aire ya traía la brisa de Santiago y el pensamiento y la voluntad guiaban el esfuerzo.

Para extrañeza nuestra llamaba la atención la fealdad del paisaje, escaso de naturaleza y castigado por obras modernas y excesivos industrialismos. Era un decepcionante vestíbulo a lo que debía ser un santuario para corazones alimentados por un hermoso peregrinar a través de variopintos y ricos paisajes del alma.

El monte Do Gozo estaba ya a pocos cientos de metros, el tráfico era agobiante y yo me concentraba en mantener un

pedaleo cómodo, subiendo los piñones de la rueda posterior, que no castigara mis piernas. Durante algunos momentos atacando el repecho se me pasaron por la cabeza los días no tan lejanos del Foncebadón, las tribulaciones pasadas y superadas en la Rioja, el paso por Burgos y León, las personas que nos habían ayudado...Y como en alguna otra ocasión durante aquella peregrinación pero de una manera distinta, sin que se aflojaran las fuerzas, se escurrieron de mis ojos unas lágrimas en una emoción que intento describirte, lector, al escuchar una voz:

- ¡Estamos llegando al monte!

El chico del pañuelo en la cabeza fue el primero en detenerse en el alto para que unos segundos después nos detuviéramos junto a él y disfrutar de la vista bajo aquel cielo azul: Santiago de Compostela. Nos hicimos partícipes unos segundos de la emoción que tantos peregrinos debieron sentir mucho antes que nosotros, desde siglos y siglos atrás cuando tenían esta visión. Un escalofrío inevitable que recorría todo el cuerpo y una sacudida por la emoción en forma de ojos borrosos y ligero temblor en las manos nos estremecieron unos instantes. A nuestros pies se extendía radiante la urbe anhelada, capital del Santo y final de nuestra peregrinación.

Llegábamos con el tiempo justo de acercarnos hasta la catedral y asistir a la misa de peregrinos que se celebra cada mañana.

El descenso hasta la ciudad no supuso la tensión angustiosa que temía en contener la inercia que no podía trasladarse a las zapatas de los frenos traseros, que a esas horas debían seguir perdidas en algún arbolado entre el alto de O Poio y Triacastela.

El contraste de la ruta con el trajín de la ciudad nos distrajo enseguida: en esos días Santiago estaba visitada por gentes de cualquier origen y por cualquier causa. Grupos de peregrinos a pie con sonrisas magníficas en los rostros, en injusta comparación con el penoso estado físico que arrastraban, tanto más castigado y maloliente cuanto más cerca de los pies. Era el perdonable y compartido olor a peregrino, del que yo mismo no me había percatado hasta el encuentro con los tranquilos y emperifollados viandantes de la ciudad.

Puestos ambulantes apostados por todo el centro de la ciudad, vendedores y repartidores de propaganda que se lanzaban a ofrecer los más suculentos y opíparos ágapes como recompensa

y descanso al viajero. Folletos de publicidad, ofertas de hostales, incluso se ofrecían aparcamientos y depósitos para equipajes y bicicletas. Otra visión más prosaica era la ofrecida por los anuncios y publicistas de salas de fiestas o locales nocturnos, que conforman ese cuadro de vulgaridad. Supongo que estas escenas han ido repitiéndose en todas las épocas, con el único cambio de las vestimentas de los personajes o el humo de los automóviles en lugar de locomoción animal.

La agitación era aún mayor según desembocábamos a la Puerta del Obradoiro, que cobraba una impresión a nuestros ojos por completo distinta a la que podía ofrecernos en cualquier otra ocasión imaginable, y nos detuvimos unos segundos sin cruzar palabra alguna, mirando hacia lo alto, extasiados y satisfechos. A nuestro alrededor decenas de peregrinos hacían lo mismo, algunos llegados en grupo se abrazaban y lloraban, otros se apresuraban a subir por las escaleras los últimos metros que les separaban de la entrada a la catedral.

No había motivo para esperar más y subimos nosotros también las escaleras que conducen a la puerta del camino, y culmen de éste.

En el interior de la catedral había más gente todavía si ello es posible, agolpada y excitada por abrazar la efigie del Santo tras esperar en una fila larguísima, o haciendo cola frente para cumplir el rito en el pórtico de la gloria. A lo largo de las naves de la catedral se hacían sitio como podían los recién llegados viajeros, otros más descansados que habían hecho noche en la ciudad tras culminar el día anterior y descansar para acudir a esta misa. Apoyadas en la piedra habían dejado sus mochilas y equipajes, algunos habían encontrado asiento en el frío suelo del templo. La ceremonia dio comienzo tras la bendición de bienvenida de los sacerdotes. El Botafumeiro fue mecido y bamboleado para éxtasis de los congregados, mientras que la multitud y sus murmullos convertían el templo en una algarabía en la que las palabras del rito eran casi imperceptibles.

Una vez acabada la ceremonia y cumpliendo con todas las visitas exigibles para la ocasión, entre otras, abrazar la efigie del Santo, descender a las catacumbas de la catedral y demás, me dirigí con la pareja de valencianos a la oficina donde presentaríamos nuestras credenciales selladas para recoger el pequeño documento que acreditaba haber ganado la compostelana.

Epí l ogo.

Sábado treinta de agosto, unas ocho horas después de que el autobús me dejara en la estación de Sevilla, de vuelta de Santiago. El fenomenal cansancio me había rendido en un profundo sueño la noche antes, nada más encontrar acomodo en la butaca del transporte y del que desperté cuando ya llegaba a mi destino. El bochorno veraniego a pesar de lo avanzado de la tarde y propio de la latitud, unos cinco grados más al sur que Santiago, hacía mella en este exhausto peregrino.

Sonó el teléfono mientras estaba ocupado en refrescarme con unas abluciones en el baño de la casa.

La lámina metálica del aparato reprodujo una voz familiar.

- ¿Cómo estás?
- ¿Raitán? Bueno, ya te lo podrás imaginar, tengo el cuerpo molido, pero satisfecho. ¿Dónde estáis? ¿Llegasteis ya a Santiago?
- Sí, seguimos de una pieza y hemos llegado a mediodía, a tiempo de asistir a la misa de peregrinos. ¿Sabes? Chalonga acaba de llamar desde una cabina a la gente aquella de Pampliega. Ellos también se han alegrado mucho de que lo hayamos conseguido.